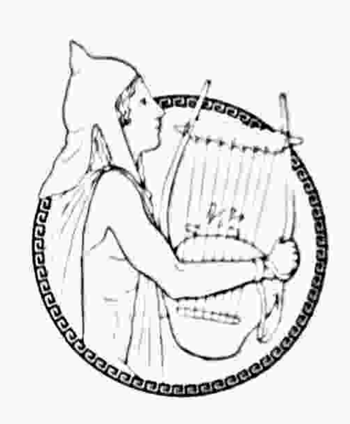
ORFEO

DESCIENDE A LOS INFIERNOS



Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Pilar Mas
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Bàrbara Matas Bellés
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8790-8
Depósito legal: B 1225-2017

Impreso en Rodesa

Impreso en España — *Printed in Spain*

Entró en las mismas gargantas del Ténaro,
profunda entrada de Hades y bosque sombrío
do mora el negro espanto.

Geórgicas, Virgilio

Dramatis personae

Los tracios

Orfeo – músico prodigioso, hijo de la musa Calíope y del rey Eagro de Pieria.
Eurídice – joven hamadríade, ninfa de los bosques ligada al árbol que protege, esposa de Orfeo.
Eagro – rey de Pieria, uno de los reinos de Tracia, y padre de Orfeo.
Pilias – noble tracio, preceptor y amigo de Orfeo.

Los argonautas y otros hombres

Mopso – argonauta, intérprete del vuelo de las aves y amigo de Orfeo.
Etálides – heraldo de los argonautas, hijo de Hermes y amigo de Orfeo.
Hércules – héroe de fuerza extraordinaria que se une a los argonautas.
Jasón – héroe que organiza y encabeza la expedición de los argonautas.
Aristeo – hijo de Apolo, primer hombre que practicó la apicultura y el cultivo de la vid.
Ménades – practicantes de los ritos mistéricos de Dioniso.

Los inmortales

Musas – las nueve hijas de Zeus y de Mnemósine, inspiradoras de las artes.
Calíope – primera de las musas y madre de Orfeo.
Apolo – dios de la segunda generación de los olímpicos, hijo de Zeus y de Leto y protector de las artes.
Dioniso – hijo de Zeus y de Sémele, dios de la viña y del vino.
Hades – hermano de Zeus y de Poseidón, dios del mundo subterráneo en el que habitan las almas de los muertos.
Persefóne – hija de Zeus y Deméter, esposa de Hades y reina de los infiernos.
Caronte – barquero que traslada a las almas por el río Aqueronte hasta la entrada del Hades.

Monstruos

Sirenas – criaturas mitad ave y mitad mujer, que seducen a los marineros con su canto.
Cerbero – perro de tres cabezas que vigila la entrada del Hades e impide la salida de los muertos.

1

Nace un prodigio

La blancura helada y la soledad de la planicie quedaron rotas, de pronto, por una mancha rojiza. Asomó en la cima de una loma y pareció dudar un instante. Luego, descendió hacia él en línea recta, a toda velocidad, saltando con agilidad y elegancia sobre las puntas de las rocas que asomaban por encima de la nieve y el hielo. Con el pecho a punto de reventar por el esfuerzo, las fauces abiertas y resoplantes, el animal se detuvo a pocos pasos del hombre que, de pie, observaba su carrera. Orfeo clavó su mirada en los ojos ambarinos del tigre y durante un largo instante permanecieron los dos, hombre y bestia, mirándose.

Los aullidos llegaron enseguida, al tiempo que las puntas de las lanzas aparecían por la misma elevación por la que había llegado la fiera y descendían siguiendo su rastro. Eran cinco hombres, embutidos en pieles, con las caras rojizas y las barbas salpicadas del hielo en que se convertía su propio

aliento. Orfeo se colocó al lado del animal y lo protegió colocando la mano sobre su cabeza. Los cazadores escitas, al verlo, frenaron la marcha, bajaron las lanzas y, utilizándolas a modo de bastón, se acercaron con precaución. Conocían al joven y le tenían respeto, pese a tratarse de un individuo extraño. Se negaba a matar animales, incluso los salvajes y dañinos como los lobos o los tigres, y jamás comía su carne. Rehuía la compañía humana. Ni una sola vez había aceptado la hospitalidad de sus hogares, construidos en hondas cuevas que los protegían del frío y donde el larguísimo invierno se hacía más soportable entre el calor del fuego, el retozo con las mujeres y una bebida fermentada capaz de alegrar la existencia y tumbar al sujeto más robusto. A cualquier otro extranjero con semejantes rarezas lo hubieran despreciado o quizá dado muerte, pero Orfeo tenía un don divino: cantaba maravillosamente. Ellos mismos, pese al helor, se acercaban a veces a la puerta de su refugio y se quedaban allí, como un ejército de pálidos fantasmas, a escucharlo. Las mujeres le dejaban en el umbral haces de leña o pequeños regalos de abrigo y comida. Se detuvieron a cierta distancia, intercambiaron con él unas palabras de saludo, señalaron al cielo para indicarle la proximidad de una tormenta y se despidieron.

El viento soplaba racheado, barría aquella cumbre yerma donde nada podía crecer, donde ninguna criatura conseguiría vivir. Ni un árbol, ni una hierba. Un infierno de hielo. Ese era el castigo de Orfeo: vivir segregado de todos, llorar a solas su impotencia y su aflicción. Pensar. Compartir, si acaso, el refugio rocoso que desde hacía dos inviernos era su casa con los animales salvajes que acudían al escuchar su canto y se tendían mansamente a sus pies. Le daban calor. A veces buscaba

en sus ojos una señal, un signo de entendimiento. Otras, invocaba con desesperación a Apolo y a Dioniso y les reclamaba luz. Dio un par de golpecitos en la cabeza del tigre y tomó el camino de regreso a su casa. A medida que descendía por la empinada ladera, seguido por el animal, el cielo de plomo se aplastaba más contra su cabeza, los picos de los montes Rifeos aumentaban su altura y él era cada vez más pequeño. No le dolía esa pequeñez, pues había asumido su condición de mortal. Y, sin embargo, una y otra vez se preguntaba cómo había podido ser tan torpe, cuando su infancia y primera juventud le ofrecieron la oportunidad de crecer sabio.

◦◦◦

También el día en que nació soplaba el viento. Calíope, sacudida por una violenta ráfaga, estuvo a punto de perder el equilibrio y precipitarse a tierra. Con una mano se recogió bajo el vientre la túnica dorada y, con la otra, el manto, para no verse arrastrada por el cielo como una nave en el mar. Miró a sus pies. Había sido una imprudencia permanecer tanto tiempo en el palacio de Eagro, mas de poco le servía lamentarse ahora. Le urgía encontrar un lugar seguro donde posarse y parir a su criatura, pues el Helicón aún estaba lejos, era imposible llegar. Aunque tenía a la vista las cumbres del Olimpo, se le antojaron demasiado frías para un recién nacido. Debería elegir algún monte más bajo sin alejarse mucho de la mansión de los dioses. Observó el paisaje. Se hallaba a poca distancia de la montaña Pimplea y le llegaba, a rachas, el sonido de un manantial. Un nuevo zarandeo la ayudó a decidirse. «No hay lugar más adecuado que aquel que se tiene cerca», pensó con sentido práctico. Allí descendió.

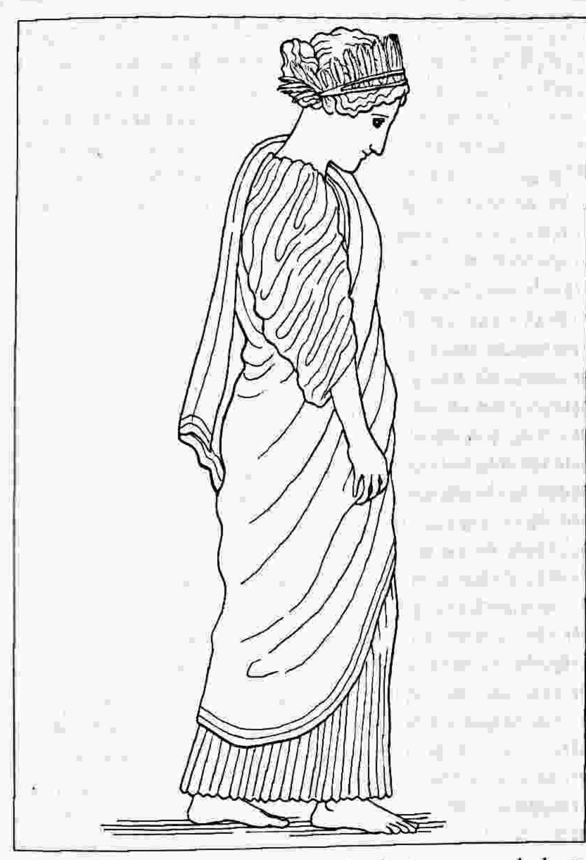
El llanto del niño se impuso con fuerza y frescura a la voz del agua impetuosa que brotaba de la fuente y que se deslizaba monte abajo, borboteante, por un lecho de rocas. Sonrió su madre, pues la potencia de sus vagidos era de tan buen augurio como el vigor con el que pateaba y movía los brazos. Una mata de pelo negro le aureolaba la frente.

—Del mismo color que tu padre, hijo mío, e igual de liso —susurró Calíope acariciándole la cabecita y dedicando un breve pensamiento a la hermosa cabellera de su amante, el rey Eagro de Pieria—, como todos los tracios.

Este recuerdo la indujo a escoger un brote de hiedra de entre todas las plantas que, al frescor del agua, trepaban adheridas a las rocas. Un pequeño homenaje a Dioniso y al padre de su criatura, pues era la planta favorita de ese dios, a quien Eagro rendía culto. Le quitó cuatro o cinco hojas y con el tallo flexible hizo dos nudos en el cordón que la unía a su hijo, a un dedo de distancia el uno del otro. De su cinturón, abandonado con el resto de sus ropas en el suelo, extrajo un trozo bien afilado de arcilla cocida y cortó, entre los nudos, el cordón umbilical. Solo entonces tapó a la criatura con los bordes del manto rojo sobre el cual lo había parido y lo arrulló en sus brazos.

—Te llamarás Orfeo, «el que canta armoniosamente» —y, arrimándolo a su mejilla, entonó para él el canto de bienvenida más hermoso que se hubiera oído jamás.

Cuando el niño se hubo dormido, Calíope volvió a colocarse la túnica de color oro, se ciñó en las sienes su corona de plumas —justamente ganada en una competición de canto con las sirenas— y, con Orfeo en brazos, reemprendió su aéreo viaje. Los cabellos al viento y las mejillas teñidas de



Cuando el niño se hubo dormido, Calíope se ciñó en las sienes su corona de plumas.

arrebol le daban un aspecto hermoso y saludable, como si no acabara de alumbrar a su primer vástago.

Las risas y los besos resonaron en la mansión de las musas en el monte Helicón cuando Calíope, la mayor y más prestigiosa de las nueve hermanas, arribó con su hijito. El pequeño pasó de unos brazos a otros. Euterpe, que llevaba su flauta colgada al cuello por una cinta, le cogía la manita y examinaba la finura y longitud de sus dedos; Clío acarició su frente y auguró en voz alta que aquel niño pasaría a la historia; se lo quitó de los brazos Terpsícore y danzó con él hasta que Polimnia se lo reclamó. Cuando esta lo tuvo en su regazo, recorrió con las yemas de sus dedos las orejitas delicadas: «tendrá un oído especial para los himnos sacros y los compondrá bellísimos», dijo, y Talía, inclinada sobre ambos, añadió que Orfeo habría de cantar y encantar a la naturaleza como nadie lo haría jamás, ella misma se encargaría de instruirlo. Prometía Urania revelarle los secretos de las estrellas mientras aplaudía Erato con entusiasmo: «¡Mirad, mirad qué boquita! Sus labios están hechos para besar y cantar al amor». Todas asentían, pues era el niño más bello y perfecto que habían visto nunca. Solo Melpómene, de cuya mente fluye la inspiración de las tragedias, rehusó cogerlo en brazos, aunque lo contemplaba con el mismo arrobo que las demás.

Entretanto, las tres viejas moiras, hijas de la noche, decidían cuál sería el destino de Orfeo. En las paredes de su cueva cristalina relampagueaban sus túnicas de color púrpura. Átropo comenzó a hilar. Cloto se apresuró a enrollar el minúsculo trozo hilado mientras Láquesis las observaba mano sobre mano, pues a ella le correspondía, llegado el momento,

empuñar la tijera de bronce que le colgaba del ceñidor y cortar el hilo de la vida.

—Que ame —dijo Átropo en voz alta.

—Que ame mucho —sugirió Cloto.

—Con pasión —añadió Láquesis—. ¿Y si cometiera una locura?

—¿Qué clase de locura?

—Pretender algo imposible para los mortales.

—Sea como decís.

∞

En las alturas del monte Helicón, el silbo de un pastor rasgaba el aire. Faltaba poco para el crepúsculo, empezaba a bajar la temperatura y era preciso descender al aprisco antes de que cayera la noche. No había lugares de resguardo en aquella pendiente lisa y pedregosa. Volvió a contar: le faltaba un macho. Mandó al perro a buscarlo a los riscos más altos y esperó, vigilando la bruma que se alzaba del golfo de Corinto. Al cabo asomó el perro, nervioso, llamó su atención con fuertes ladridos y volvió a desaparecer. El pastor corrió ladera arriba. Al volver un repliegue, el perro husmeaba sobre un bulto oscuro. Pensó que era el chivo.

—¡Eh! Déjame en paz. Vamos, vamos, aléjate.

Era una voz infantil y lo que se movía tratando de alejar al perro no eran patas, sino manos. El pastor vio al muchacho tendido en el suelo, con la cabellera oscura desparramada sobre la roca.

—¿Te pasa algo, chico? —llegó a su lado resoplando, con el zurrón golpeándole la pierna.

—Que no puedo quitarme de encima a tu perro.

—¿Qué haces aquí a estas horas? Te quedarás helado.

—Escucho el sonido de las estrellas. Algunas han salido ya.

El pastor se quedó boquiabierto. Así que tenía a sus pies al mocoso larguirucho y flaco del que todos los pastores hablaban y que él, nuevo en esos montes, había tomado por una invención. Estaban hartos de que asustara a los rebaños haciendo sonar un cuerno de buey un día sí y otro también, o que atronara el valle y los bosques golpeando una piel de liebre tensada en un aro de madera. Pero también le estaban agradecidos por su ayuda cuando enfermaba un animal o resultaba herido. Según se decía, más de una vez lo habían confundido con una cabra por cómo triscaba por los peñascos. Se hablaba mucho de él, pero nadie sabía dónde moraba ni quién era.

—¿Has visto a un macho cabrío?

Sin levantarse, el muchacho señaló con el dedo hacia un risco cercano, una masa de peñas grises y sueltas, como si un dios las hubiera colocado de una a una en equilibrio. El perro, desde lo alto de un roquedal, ladraba. Al poco, contra el cielo turbio se perfilaron los cuernos del animal que, plantado sobre una roca aislada, volvía la cabeza a un lado y a otro sin atreverse a saltar ni a moverse del sitio. El pastor se quedó paralizado al darse cuenta de la trampa en la que había quedado aislado el chivo.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó el muchacho al fin, incorporándose.

—Está atrapado. No hay nada que hacer. —Desalentado, el cabrero dejó caer los brazos. Necesitaría un año entero, o más, para resarcir a su amo de la pérdida de aquel viejo castrón. Más hambre y frío para sus hijos. Aún no acababa

de lamentarse de su mala fortuna cuando vio al muchacho trepar, alcanzar la laja donde ladraba el perro y sobrepasarlo. Saltó entre las rocas y, en un abrir y cerrar de ojos, estuvo al lado de la cabra. Luego dejó de verlos. Temió lo peor. De un salto, el perro bajó de su atalaya y corrió hacia la derecha, por donde un instante después apareció el muchacho con el chivo sobre los hombros. Abultaba más el animal que el niño, que se agachó para dejarlo en el suelo. Al viejo ejemplar le temblaban las patas. Desde lejos, el oidor de estrellas levantó la mano a modo de saludo para despedirse del pastor y desapareció por la otra vertiente.

Hasta la cúpula celeste llegó la reprimenda de su madre cuando Orfeo apareció en su casa, ya casi noche cerrada. Calíope lo esperaba en la puerta y lo amenazó severamente: ese mismo día habían recibido la invitación del dios Apolo para ir a visitarlo al Parnaso y estaba tentada de no llevarlo a él. No podía descuidar sus obligaciones hacia el dios y tener al mismo tiempo que vigilar a su hijo. Conciliar ambas tareas era imposible. Él vería.

Cabizbajo, entró el muchacho en la cueva de las musas. Las luciérnagas iluminaban las paredes tapizadas de musgo y líquenes donde las hermanas de su madre mantenían una docta conversación al tiempo que hilaban copos de lana traídos de Coronea. A ninguna le había pasado desapercibida la ausencia de Orfeo. Urania restó importancia al retraso y preguntó al muchacho, al oído, si había escuchado la música estelar. Chasqueó la lengua al saber lo ocurrido y lo consoló: todos los días llegaban puntualmente la noche y las estrellas; él aún era un niño, tendría mucho tiempo para captar su armonía. Mientras hablaban, la musa bordaba con hilos de

plata las nuevas constelaciones y estrellas que Zeus u otros dioses le pedían incluir en el cielo. Nadie conocía el mapa celeste como ella. A cada nueva petición, estudiaba el gran manto azul oscuro que ella misma tejía y bordaba y decidía el lugar adecuado para ponerlas.

Deseoso de hacerse perdonar por su madre, Orfeo cogió la flauta y tocó la última melodía que le había enseñado Euterpe. Esta se deshizo en elogios para el músico: no solo escuchaba las voces de la naturaleza e investigaba con otros instrumentos por iniciativa propia, sino que tocaba ya la flauta con perfección. Espiaba el niño de reojo el rostro de su madre. Al ver que se suavizaba, se acercó a ella y, como cada noche, se sentó a sus pies.

—Madre, cuéntame la historia de algún héroe. El que tú quieras.

∞

Encontraron a Apolo en las faldas del Parnaso, sentado junto a la fuente Castalia. De su cabeza emanaba una luz deslumbrante, cegadora. Aterrorizado, Orfeo se ocultó detrás de su madre y, tras los saludos, fue preciso que ella le diera un fuerte tirón y lo empujara por la espalda para presentárselo al dios.

—He aquí a un fiel servidor tuyo —le dijo—. Es ya un buen músico aunque solo cuenta ocho años.

—Entonces, quizá le agrade la lira —respondió el dios mientras arrancaba una sonora vibración de un raro instrumento apoyado en sus rodillas—. Se la cambié a mi hermano Hermes por un rebaño de ovejas. Creo que es su mejor invento.

Se trataba de la concha de una tortuga de cuyos extremos salía un par de cuernos de macho cabrío que se mantenían paralelos y unidos, en la parte superior, mediante una fina traviesa de madera. Ligadas a esta por arriba y al caparazón por abajo, se tensaban siete cuerdas. Orfeo miraba, hechizado, aquellos hilos mágicos, divinos, y sin darse cuenta tendió las manos hacia el instrumento. Apolo rio, sentó al niño sobre sus rodillas y se lo ofreció para que lo viera de cerca y lo palpase. Los dedos de Orfeo arrancaron enseguida un torrente de sonidos nunca oídos, más ligeros que las plumas y las nubes y, por primera vez, nació de su garganta un canto. Invocaba a Mnemósine, madre de las musas y custodia de la memoria, pues, sin ella, nada humano perdura; apeló luego a Calíope, su madre, y a sus tías, para que le inspirasen el mejor modo de ensalzar la grandeza y las virtudes de Apolo y, por último, desgranó las alabanzas al dios con una solemnidad cándida y respetuosa.

Cuando cesó su canto, durante largos instantes siguieron mudos los manantiales del Parnaso, el viento, detenido, inmóviles los topos que cavan galerías bajo el suelo. Apolo, satisfecho, depositó un beso en la mejilla del niño y le regaló la lira.

∞

Aquel fue un invierno terrible. Bajo el peso de la nieve se hundió el santuario oracular de Apolo, construido con ramas de laurel, y los caminos a Delfos quedaron cortados. Rodeado de aquella quietud blanca, Orfeo, que amaba el aire libre, salía al umbral de la mansión de las musas a tañer la lira. Las cuerdas del instrumento se contrajeron por el frío y emitieron sonidos más agudos.

Durante las largas noches, al abrigo del hogar materno y con el hocico de un corderillo apoyado en su muslo, ensayó diversos tonos y los cambió una y otra vez, tensando las cuerdas en diferente grado, hasta lograr la armonía que buscaba. Decidió dejar, en orden ascendente, uno distinto para cada cuerda. Aplaudieron entusiasmadas las musas y le pidieron que acompañara con sus acordes los cantos alegres, solemnes o dramáticos de cada una. Pasaron así dichosos los meses de la gélida estación.

El día que cumplió nueve años, los torrentes y los riachuelos del Parnaso se hincharon con nieve derretida. Florecieron los iris, las violetas y las campanillas, y al reclamo de sus colores y aromas llegaron las abejas por miles. Ellas mismas construyeron un nuevo santuario a Apolo con cera y plumas, acogedor y silencioso como los alvéolos de sus colmenas. Afluyeron los peregrinos que deseaban consultar el oráculo y con ellos arribó un mensajero del rey Eagro.

El ilustre soberano consideraba que había llegado el momento de que su hijo, Orfeo, dejara la tutela de su madre y adquiriese la educación de un rey, pues en el futuro habría de gobernar a su pueblo. Bañado por el mar Egeo, Pieria se contaba entre los reinos del extremo oriental del territorio tracio.

—No quiero marcharme, madre.

—Escúchame, Orfeo —le respondió Calíope, rodeándolo con los brazos y mirándole a los ojos de color miel—: tú y yo somos afortunados por los años que hemos pasado juntos. Has crecido libre de las mil vicisitudes y sufrimientos de la existencia humana. Pero naciste mortal y tu sitio está entre tus iguales. No pienses que te aguarda la muerte, sino

también, y sobre todo, la vida. Habrás de vivirla y acatar el destino que las moiras hayan decretado para ti, pues nadie puede cambiarlo. Ve a su encuentro, hijo, y cúmplelo.

◇◇

El primer día del solsticio de verano, Orfeo bebió por última vez de la fuente Castalia, inspiradora de los poetas, silbó para llamar a su corderito y, colgándose la lira a la espalda, echó a andar detrás del noble Pilias, el enviado de su padre. Era un hombre adusto y silencioso, vestido a la manera tracia: una prenda que le cubría cada pierna por separado, la túnica hasta las rodillas, ceñida en las caderas, y un gorro blando acabado en punta. Caminaron largas jornadas por colinas pedregosas sin cruzarse con nadie. Los cabreros que, a la ida, había encontrado el noble tracio, debían de andar por las cumbres o por pastizales desconocidos. Agotaron sus provisiones. Bajo el tórrido sol, ni siquiera hallaban zarzas o espinos de cuyas bayas pudieran alimentarse. Al oscurecer, se sentaban y masticaban tallos resecos que le disputaban al cordero, cada día más escuálido. Luego, por muy dura que hubiera sido la caminata, Orfeo cantaba acompañándose de la lira y ofrecía pequeñas libaciones a Apolo.

Una mañana, el corderillo se puso de pie, dio tres o cuatro pasos inseguros y se derrumbó.

—Hay que sacrificarlo. —Pilias sacó su cuchillo del cinto.

—Tendrás que matarme a mí primero —respondió el niño, desafiante, colocándose entre el animal y él—. Cuando llegué al Parnaso, la leche de su madre nos alimentó a los dos.

Orfeo se sentó entonces al lado del animal y cantó para él durante toda la jornada, cambiándose de posición para pro-

tegerlo del sol con su propia sombra. A su canto acudieron hormigas y alacranes, las aves carroñeras detuvieron su vuelo. Cuando el cordero murió, al final del día, Pilias convenció a Orfeo de que debían comer su carne si querían sobrevivir. El niño bajó la cabeza y comió llorando. Aquello era la vida.

A partir de ese momento, Pilias caminó a su lado, le hablaba del gran guerrero que era su padre, de sus antepasados y de Pieria, y lo trataba con deferencia. Recibieron socorro de unos campesinos y, poco después, descubrieron que al anochecer, mientras cantaba el muchacho, no estaban solos. Al principio era únicamente una sensación: un ruido imprevisto, una rauda sombra en movimiento entre dos luces. Hasta que, una noche, una serpiente irguió su cuerpo a dos palmos de las piernas de Pilias con los ojos fijos en Orfeo y la cabeza un poco inclinada a la derecha, como si le prestara oídos. A los pies del muchacho vino a tumbarse un lince, con la piel moteada que brillaba a la luz de la luna. Más adelante se sumaron ardillas, zorros, cabras silvestres, águilas, búhos. Y, lo que era más extraordinario, aun siendo enemigos naturales, esos animales no se atacaban entre sí ni huían unos de otros. Al apagarse el canto de Orfeo permanecían quietos durante largo rato y luego se retiraban pacíficamente.

Se extendió por todas partes la fama del músico. Cuando se acercaban a los poblados siempre encontraban a un joven vigilando el camino para advertir a los demás de su llegada y para pedirle que deleitara a hombres y animales con su música. Así viajaron hacia el norte y hacia oriente por caminos paralelos a la costa. El paisaje era cada vez más salvaje, el lazo entre Orfeo y Pilias, más fuerte y confiado. A principios

de otoño vieron en el horizonte los montes Ródope y las orillas hirvientes de bandadas de grullas del río Estrimón, la frontera occidental del reino de Pieria.

◇◇◇

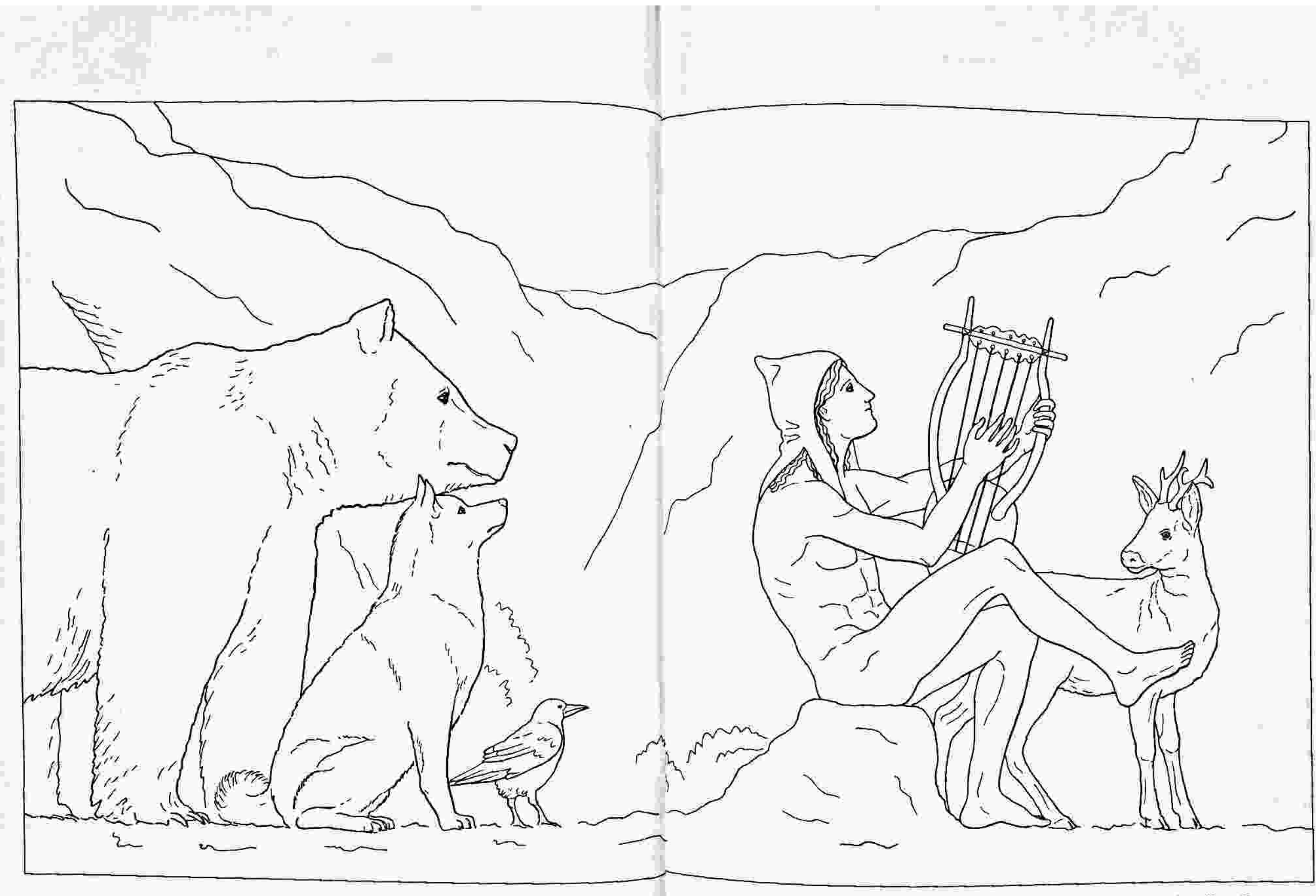
Con el corazón palpitante traspasó Orfeo, al día siguiente, el portón del palacio real de Pieria, un extenso edificio de una sola planta. Criados, mozos y carreteros que descargaban provisiones de carne y leña interrumpieron sus ocupaciones y lo saludaron con una leve inclinación cuando cruzó el patio acompañado por el noble Pilias. Vestido a la usanza tracia, aún parecía más alto y delgado. Un siervo abrió la puerta del salón del trono y el muchacho creyó haber entrado en la casa del sol, pues los hachones sujetos a las paredes arrancaban brillos dorados por doquier. Sus ojos, sin embargo, se dirigieron de inmediato al rey Eagro, cuyo sitial, enmarcado por dos teas, ocupaba el centro de la estancia. Guarnecía su asiento una piel de oso cuya cabeza servía de escabel a los pies del monarca mientras las terribles zarpas colgaban a los lados.

—Así que tú eres mi hijo.

El rey apoyó ambas manos sobre sus rodillas y se inclinó hacia delante. Clavó sus ojos oscurísimos en Orfeo, evaluando la delgadez del muchacho, la belleza de sus facciones y su mirada ensoñadora. Sacudió su abundante cabellera negra y emitió un gruñido.

—No debí permitir que permanecieras tanto tiempo con tu madre.

Entonces, Eagro ordenó al chico que se acercase y se puso en pie. Le palpó ambos brazos a fin de comprobar su



Se acercaban al muchacho toda clase de bestias, que permanecían allí pacíficamente.

fortaleza y dio una vuelta a su alrededor, observándolo. Le llamó la atención la concha de tortuga que llevaba colgada a la espalda.

—¿Qué es esto?

—Una lira —respondió el joven—. Me acompaño con ella para entonar mis cantos.

—¡En vez de un escudo y una lanza, el futuro rey de Pieria lleva un instrumento musical a sus espaldas! —El tono de Eagro era burlón. Cogió la lira por el caparazón, sacó un puñal de su cinto y cortó la tira de cuero de la cual colgaba. La levantó en el aire y la lanzó a las manos de un siervo—. Olvídate de ella. Aquí no te servirá.

—Es pronto para saberlo, señor —respondió rápidamente el muchacho. Apretaba los puños, más herido por el desprecio de su padre que si hubiera recibido una bofetada—. Algunas armas pueden ser más poderosas que las tuyas.

Ante el atrevimiento del muchacho, Eagro lanzó una carcajada al tiempo que le propinaba un leve empujón en el hombro. Un destello de indignación en los ojos de Orfeo provocó la rápida intervención de Pilias, que se adelantó unos pasos:

—Tu hijo ha recibido un don divino, rey Eagro, muy valioso —anunció Pilias. El rey enarcó las cejas y recorrió con la mirada su espléndido collar de oro, las numerosas bandejas, copas y jarras del preciado metal cinceladas en forma de cabeza de cabra y de ciervo, que, como salidos de un bosque áureo, ornaban los tableros adosados a las paredes del salón —. Su canto obra prodigios.

—Los únicos sonidos que debe producir un noble tracio son el entrechocar de las armas y el golpeteo de las co-

pas sobre la mesa para exigir bebida —zanjó Eagro—. ¡Que vengan ahora mismo los escanciadores y las cantoras de la corte! Quiero celebrar la llegada de mi heredero y sucesor.

Aquel mismo día comenzó la instrucción de Orfeo en el manejo de las armas y las tácticas de combate según las usanzas de Pieria. Bajo la dirección de Pilias, a quien el rey había encomendado su educación, aprendió el joven las costumbres, las creencias y las leyes de su pueblo, así como la doctrina dionisíaca y muchas prácticas mágicas. Tutor y pupilo compartían la vida cotidiana y hablaban durante largas horas, pues el deseo de saber del muchacho no se saciaba nunca y el noble maestro se deleitaba en enseñarle como habría hecho con un hijo. Era tal su aprecio y devoción por Orfeo que, al sufrir el asalto de unos bandidos durante un viaje por el extenso reino paterno, él mismo lo protegió con su cuerpo de una flecha enemiga. Ninguno de los dos resultó herido, pero aquel incidente los unió todavía más.

Eagro, entregado a resolver los asuntos de gobierno, resultaba para Orfeo una autoridad distante, casi tan lejana como cuando vivía con su madre en las laderas del Helicón. Sin embargo, recibiría de él una enseñanza crucial. En los montes Ródope, que ocupaban gran parte del territorio piérida, la cumbre más cercana era la del monte Pangeo, sacro a Dioniso, a cuyos pies se extendía la ciudad de Eagro. Bajo los majestuosos pliegues de sus laderas se escondían las minas auríferas, fuente de la enorme riqueza de Pieria y de su rey. También abundaban los bosques oscuros, a veces impenetrables, que constituían el escenario de los ritos mistéricos.

—Mi padre, Cárope, recibió del dios Dioniso la soberanía sobre este territorio y le enseñó cómo debía practicar su

culto —le contó el rey Eagro a su hijo una tarde, tras llamarlo a su presencia—. Cárope me los enseñó a mí cuando cumplí doce años. Es tiempo de que los aprendas tú.

Sobrecogido, Orfeo siguió a su padre por un espeso bosque de enebros y sabinas, llevando un macho cabrío. La tosca piel que cubría sus caderas no lo protegía de la maraña del sotobosque, entre la cual se abrían camino con el tirso —una larga vara cubierta de hiedra y rematada con piñas—. Llegados a un calvero, improvisaron un altar, encendieron una pira y se coronaron de hiedra. Eagro sacrificó al animal, cuyos muslos y entrañas producían, al quemarse, un humo denso y turbador. Llenó una copa de vino puro, ofreció una libación sobre la carne ardiente, pronunciando palabras rituales, y apuró el resto.

—Ahora, ¡bebe! —ordenó, colmándola de nuevo—. Y haz lo mismo que yo.

Con un aullido empezó a golpear el suelo con el tirso y con los pies descalzos. El ritmo de la danza era exasperante, frenético. Libaban y bebían, aspiraban el humo. Los brazos de Orfeo, sus caderas y piernas se contoneaban sinuosas, obscenas. Cada uno de sus miembros obedecía a una ley propia que desafiaba la armonía del todo y lo devolvía a una naturaleza primordial, a una consciencia cósmica. Si a través del culto a Apolo, el muchacho elevaba su espíritu mediante la música y el canto, Dioniso le imponía experimentar su propia corporeidad exacerbando su lado más instintivo y animal, ajeno al pudor y a las leyes humanas. Resonaron sus gritos de vida y muerte en las sagradas selvas del Pangeo.

2

La naturaleza encantada

Oscilaron las llamas de las teas al abrirse, de improviso, las puertas de roble del salón del trono para dejar paso al jefe de la guardia del rey, que se acercó al sitial de Eagro y le habló al oído. Las risas y las conversaciones, la música, los gritos de los comensales llamando a los siervos se interrumpieron cuando el monarca frunció el ceño y volcó su copa de una manotada. Su mirada era fuego. A una señal suya, dos guardias entraron en la sala, abrieron un fardo de tela a los pies de la mesa real y, con un ruido de metal hueco, se desparramaron por el suelo jarras de oro, collares, arquetas labradas, fíbulas preciosas.

Desde hacía muchos años, grupos de bandidos desembarcaban de noche en las costas de Pieria y atacaban las aldeas o a quienes transitaban por los caminos. Concluidas sus fechorías, embarcaban de nuevo y desaparecían en el mar. Aquellas joyas eran, sin duda, producto de una rapiña.

—¡Estos bienes son míos! —exclamó uno de los consejeros del rey—. ¿Habéis capturado a los piratas que asaltaron mi caravana? Dales muerte, rey Eagro. ¡Arruinan nuestro comercio y huyen impunes!

—La ruina puede venir de muchas partes, consejero. —La voz de Eagro era cortante. Se volvió hacia su jefe de la guardia—. ¿Dónde has encontrado el botín?

—En casa del noble Pilias, mi rey. Escondido debajo de su lecho.

Al grito de estupor de los invitados siguió un silencio de muerte. Pilias se había puesto de pie, con el rostro más pálido que su túnica. Indignado, negó cualquier relación con ese oro. Después de la del rey, su familia era la más noble y rica de Pieria.

—Esta es una acusación infame y falsa. Alguien quiere perjudicarme.

—Me he resistido a creer las habladurías, pero ahora sé que tenían razón. —El consejero bufaba de cólera—. Te reúnes de noche y en secreto con los malhechores, os ponéis de acuerdo sobre cuándo y a quién atacar. Te han visto entrar y salir del bosque a horas en que un hombre honrado está en su casa.

Se alzó un griterío. Unos clamaban a favor de Pilias, otros proferían insultos contra él. Desde su puesto, en un extremo de la mesa, Orfeo, cuyas manos temblaban de indignación, levantó la voz mientras se ponía en pie.

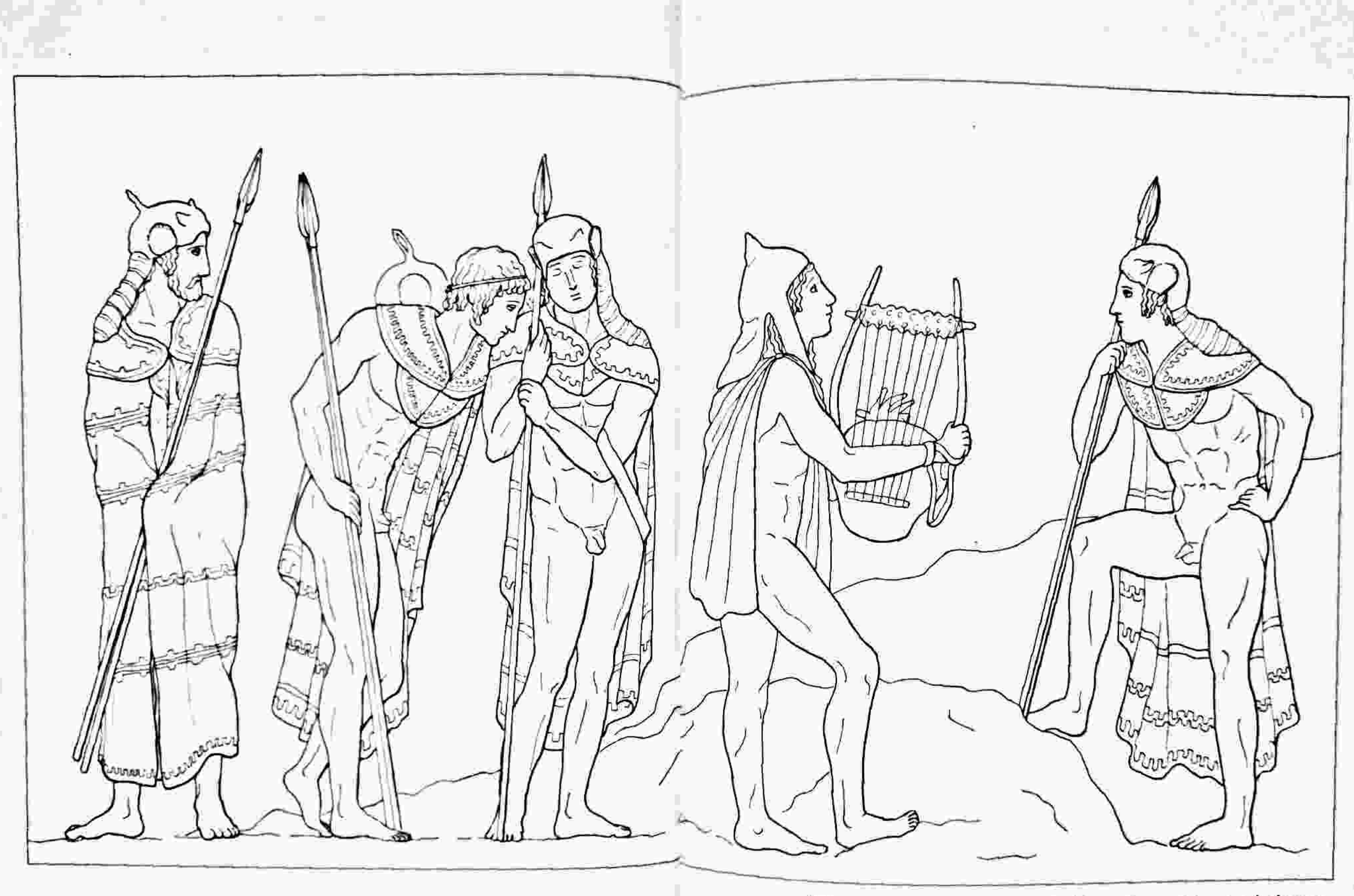
—Rey Eagro, padre mío. Desde que hace cinco años llegué a tu reino, te he obedecido y he tratado de complacerte en todo, con una excepción: no he respetado tu prohibición de cultivar la música, pues con ella honro al dios Apolo,

bajo cuya tutela me crié. —El silencio en el salón era absoluto, todos escuchaban boquiabiertos—. El noble Pilias no se reunía con los piratas en el bosque, sino conmigo. Me acompañaba para protegerme y para que pudiese practicar el canto sin ser oído por nadie. Si pudieran hablar, los lobos y los osos pardos, las cabras salvajes y los corzos que salían de sus madrigueras para escucharme confirmarían mis palabras. También el dios Dioniso, señor del Pangeo, te lo podría decir, pues así como tú me iniciaste en sus ritos, Pilias me ha instruido en su doctrina. No castigues a un hombre noble y generoso. En todo caso, castígame a mí.

Los ojos de los invitados, empañados por la emoción, dirigieron gestos de admiración al muchacho y de súplica al rey. Algunos cortesanos intercambiaron muecas de contrariedad, pues las palabras de Orfeo confirmaban la influencia que ejercía el acusado sobre el heredero al trono y exacerbaban más la envidia que le tenían. Al día siguiente presentaron al rey más pruebas y testimonios falsos. Eagro condenó a Pilias al destierro.

∞

Como un hombre desnudo al que un vendaval arranca de pronto el tejado de su choza en pleno invierno, así se sentía Orfeo. Se unió al grupo de amigos que acompañaría al desterrado y a sus criados hasta la frontera oriental. Cantó durante todo el trayecto y las encinas silvestres de Pieria, famosas por su espesura y su porte, lo seguían y se detenían allí donde acampasen por la noche. Llegaron por fin a orillas del caudaloso río Nesto, más allá del cual se extendía Ciconia e intercambiaron abrazos, despedidas.



Orfeo se unió al grupo que acompañaría al desterrado y cantó durante todo el trayecto.

—Adiós, maestro. —El muchacho lo abrazaba con la fuerza de un niño, aunque tenía ya catorce años—. Cuanto sé de Dioniso y de la rectitud de los hombres te lo debo a ti.

La comitiva de Pilias, encabezada por sus familiares, criados y una larga fila de muleros que conducían los animales de carga, empezó a cruzar el vado. Las aguas estaban altas por el deshielo primaveral y el grupo avanzaba con lentitud. Pilias, retenido por el afecto de sus amigos y la querencia a su patria, fue el último en penetrar en el río. La cabecera de la columna alcanzaba ya la ribera opuesta cuando él, que marchaba con el agua hasta el pecho, llegó al centro del cauce. Se detuvo un momento, se volvió hacia la orilla de Pieria y levantó la mano para una última despedida. Al retomar la marcha debió de hundir el pie en un hoyo, pues perdió el equilibrio, cayó de lado y en un instante lo cubrió el agua. Dos o tres veces logró sacar la cabeza, pero los remolinos y la fuerza de la corriente la sepultaron de nuevo.

Estallaron en gritos las dos orillas. Los criados que lo precedían, alertados por el griterío, soltaron los fardos y trataron de socorrerlo, mas la corriente los entorpecía y a duras penas conseguían avanzar unos pasos. Desde la margen de Pieria, mientras unos se arrojaban a las aguas turbias, Orfeo se adentró en el río tañendo su lira y entonando un canto maravilloso. Apelaba a la bondad de la ninfa que regía las aguas del Nesto para que las detuviera, pues solo así había esperanza de que Pilias esquivase a la muerte.

Al instante, como si a espaldas del cantor una mano hubiera levantado de parte a parte del río un muro invisible contra el cual se estrellara la corriente, el agua dejó de fluir. Ante él seguían huyendo las ondas que iban camino del mar

y pronto dejaron a la vista el fondo desnudo. Con lágrimas en los ojos y sin dejar de cantar, escuchaba Orfeo las exclamaciones de quienes, metidos en el lecho cenagoso, buscaban a Pilias y encontraban su cuerpo ya inerte. Solo cuando hubieron trasladado el cadáver a la orilla ciconia cesó su canto y el río Nesto volvió a colmar su cauce.

Si Pilias había sido para Orfeo un padre, él lo honró y lo lloró como un hijo. Las tribus de Ciconia no habían oído nunca un canto de dolor tan grande, un lamento más hondo que el de Orfeo mientras daban sepultura a su maestro y le rendían honores. Su muerte, tan rápida e inesperada, había abierto en el ánimo del joven una herida profunda, difícil de cicatrizar. Se revolvía contra el rey Eagro y la gran injusticia que había cometido al condenarlo al exilio. Por su causa había muerto. No podía, no quería volver a Pieria después de lo sucedido, así que decidió quedarse allí, en la misma tierra que acogía la sepultura de Pilias. Las encinas que lo habían seguido desde los pies del monte Pangeo atravesaron esa noche el río y lo escoltaron hasta el corazón del territorio de los cicones. Estos, admirados de las cualidades prodigiosas de Orfeo, de su profunda piedad y de sus conocimientos en muchos saberes y en los ritos de Dioniso, lo acogieron como amigo y como sacerdote.

∞∞

Las extensas llanuras de los cicones hervían de potros y de rebaños de bueyes. Se movían los jóvenes de una aldehuela a otra en busca de muchachas, danzaban al son de la zampoña y las cortejaban, reían, criaban rapazuelos que aprendían muy pronto a buscar pastos. Sus casas eran tiendas de piel. No es-

taban hechos para permanecer quietos. Por eso eran guerreros muy apreciados. Solo una vez al año, al filo de la primavera, los cicones se reunían en un promontorio consagrado a sus dioses. Orfeo cantaba durante una jornada para ellos y ni una brizna de paja se movía. Al siguiente amanecer realizaba un sacrificio a los dioses y, con agua lustral, asperjaba a los recién nacidos, a los animales y a sus crías para protegerlos del mal de ojo. Estallaban luego la alegría, las hogueras y un gran banquete. Al caer la tarde, las muchachas núbiles y los efebos se purificaban en el mar y eran conducidos a un bosque para ser iniciados en los ritos mistéricos de Dioniso dirigidos por Orfeo.

Faltaban dos días para la fiesta. Orfeo había ensayado mucho con la cítara, un nuevo instrumento que le había regalado un músico de Bistonia. Semejante a la lira, la concha de tortuga había sido sustituida por una caja de madera y tenía la ventaja de tañerse con el plectro, un pequeño triángulo de marfil, manejado por una única mano. La dominaba ya. Ese éxito no ocultaba una inquietud, un ansia imprecisa pero acuciante. Sentado a la puerta de su hogar, cantaba himnos a los dioses y hasta el océano callaba para escucharlo, mas cada nuevo canto aumentaba la opresión en su pecho, alimentaba un descontento profundo. Se levantó y fue a caminar por la playa. Una ola rompió contra sus tobillos y se retiró dejando la arena tersa. Volvió la vista atrás: sus huellas se habían borrado. Se pasó instintivamente la mano por el mentón y notó la aspereza de una barba incipiente. Cobró entonces dolorosa conciencia del tiempo vivido, estaba a punto de cumplir diecisiete años. Desolado, regresó a su casa. Orfeo vivía solo, en una cueva poco profunda cerca del mar, frente al perfil azul y montañoso de la isla de Samotracia. Las encinas que lo habían seguido desde Pieria sombreaban su entrada. Plantado delante del umbral lo esperaba esa tarde un joven de barba y cabellos rubios, con una piel de pantera cruzada sobre la túnica.

—¿Es cierto que estas encinas han venido detrás de ti desde el reino de Eagro? —preguntó el desconocido con una sonrisa, a modo de saludo. Orfeo se encogió de hombros.

—Cuando llegué aquí, no estaban.

—Entonces, eres el hombre que busco. Soy Jasón.

Orfeo lo invitó a pasar y le ofreció agua y asiento en una de las rocas salientes de su cueva, por lo demás desprovista de bienes que no fueran unas cuantas liras y cítaras colgadas en las paredes, maderas y útiles de carpintería en torno a un tosco banco y un jergón en el suelo. Se observaron el uno al otro. Debían de tener parecida edad, aunque envergadura y apariencias bien distintas: alto y delgado Orfeo, con abundantes cabellos negros asomando bajo su gorro; robusto y de una belleza brillante y seductora Jasón. Este dejó a un lado el cacillo de agua del que acababa de beber.

—El centauro Quirón, que fue mi maestro, tiene una elevada opinión de ti, Orfeo. Necesito tu ayuda. No sé si has oído hablar del vellocino de oro.

—¿Y quién no? —La sonrisa de Orfeo se volvió ensoñadora—. En la mansión de las musas, donde me crié, ellas solo tejían con lana de Coronea. Con frecuencia nombraban a su carnero más famoso. Sé de memoria la historia de Frixo y Hele, los hermanos que huyeron volando sobre su grupa para librarse de las maquinaciones de su madrastra. Llegó hasta la Cólquide.

—Voy a ir a buscarlo. —Jasón apoyó los codos sobre sus rodillas y acercó su rostro al de Orfeo—. Es la condición que me ha impuesto mi tío, Pelias, para devolverle a mi padre el trono de Yolcos que le usurpó. Es una larga historia, pero escucha solo esto: voy a por el vellocino y quiero que tú vengas conmigo. Estamos construyendo una nave portentosa, la Argo. Será la primera en navegar por mares ignotos. Abriremos una ruta en el mar.

El vigor que emanaba de Jasón subyugaba a Orfeo. Sus palabras transmitían fuerza, magnetismo. El músico se había quedado mudo.

—Es una empresa de héroes —continuó su visitante—. Seremos muchos. Y te necesito a ti. Quiero que marques el ritmo de la boga y que, con el prodigio de tu canto, nos ayudes a sortear los obstáculos mortales. —Jasón hizo una pausa antes de continuar, mirándose las manos—. Quizá no regresemos.

Mas ya Orfeo, con el corazón agradecido y henchido de gozo, aceptaba el reto. Se embarcaría en el Argo con aquel puñado de valientes,

◇◇◇

Jamás había experimentado Orfeo tanta alegría como al llegar al campamento de Págasas, el puerto tesalio de donde habría de partir la expedición. Los futuros argonautas lo acogieron con júbilo y abrazos, incluso con bromas a causa de su estatura y su vestimenta tracia.

Se le acercaron muchos; el primero fue Mopso, de cabellera rojiza y rostro caballuno, reconocido intérprete del vuelo de las aves, y luego los hijos del viento Bóreas, tracios

como él, Etálides, heraldo de los argonautas, Hércules y el propio Jasón. Todo era bullicio, alboroto. La más brillante y fogosa juventud de la Hélade había respondido a la llamada de este y el ímpetu y el ardor aventurero inflamaban de animación la playa. Algunos luchaban en la arena cuerpo a cuerpo, otros arrojaban lanzas o disputaban carreras a la espera del momento de partir. Más de uno se preguntó qué hacía allí aquel muchacho enjuto, de ojos ardientes, que los miraba pasmado en lugar de unirse a sus violentos ejercicios. Ese recelo duró poco: durante el banquete que celebraron la víspera de la partida se agriaron algunas palabras, estalló una querella y Orfeo, entonando un canto maravilloso, restableció entre todos la concordia.

El viento le azotaba la nuca y amenazaba con arrancarle el gorro cuando, al amanecer, el Argo hundió su vientre majestuoso en el agua, salió del puerto y una brisa propicia hinchó su vela. Delante de la proa, abriéndoles camino, seis o siete delfines surcaban el aire con gráciles saltos, se hundían y volvían a emerger en una danza risueña de colas y espuma. Orfeo cogió la cítara y entonó con voz vibrante: los delfines, sus alegres guías, eran viejos piratas —cantaba— que, fracasado su intento de raptar y vender como esclavo al dios Dioniso, se arrojaron al agua y, desde entonces, arrepentidos de su mala acción, ayudaban a los marineros. Por los costados de la nave asomaban las redondas cabezas de los pulpos, y los mújoles y las sardinas saltaban entre las olas para oír mejor, y eran tantos los peces, grandes y chicos, que acudían a escuchar el canto que parecían navegar sobre un mar de plata.

—Es una señal. Contamos con la protección de Dioniso, un dios con mucho poder —le explicó después a Mopso.

No solo vería delfines, promontorios, golfos y cabos agudos, lejanos montes y desembocaduras de ríos nunca vistos desde el mar, sino a la propia muerte mostrarle su faz desabrida, hambrienta. Embestía esta de frente a lomos del viento huracanado que amenazaba con volcar la nave; se asomaba a las puntas de las lanzas y a las aristas de las piedras con las que hubieron de enfrentarse tantas veces; se insinuaba, terrorífica, en la niebla preñada de peligros; les arrojaba a la cara su aliento fétido en las ciénagas. A veces, para conjurar el miedo, Orfeo pensaba en Hércules. Recordaba aquel furioso día en que, a la luz de un relámpago, vio el estupor en el rostro del héroe al sacar del agua medio remo, quebrada y desaparecida la otra mitad por la violencia de la tormenta mientras él, amarrado con cuerdas a la proa, se desgarraba la voz contra el oleaje y el viento.

—A veces temo no ver amanecer un nuevo día —le confesó a Hércules después, al desembarcar en una playa—. ¿Crees que todo esto merece la pena?

—¿Quién piensa en mañana, tracio? Por lo demás, mira a Jasón. ¿Acaso lo frenan los peligros? ¿Te frenaron a ti cuando decidiste embarcar en el Argo? —de un tirón, le arrancó el gorro y los negrísimos cabellos se Orfeo se expandieron al viento. Soltó una carcajada—. ¡Deja que tus deseos vuelen, Orfeo! Todo vale la pena si de verdad lo quieres.

Esa fue la última vez que hablaron. Orfeo admiraba la firmeza de corazón de Hércules y también su templanza, una cualidad que compartía con Mopso. Cuando las mujeres de Lemnos invitaron a los argonautas a disfrutar de su ciudad y de los placeres que proporcionan las hembras, el músico fue el primero en bajar de la nave detrás de Jasón y, a voces,

llamó a su inseparable Mopso para que se uniera a ellos. Este frunció el ceño y no se movió del Argo.

—Yo no me dejo arrastrar adonde no quiero ir —fue su respuesta cuando, a su regreso, Orfeo se chanceó de él por las delicias que se había perdido—. Amo a mi esposa. Los tracios sois salvajes y no conocéis el amor.

—Ni los griegos, a juzgar por lo que han disfrutado. Y en cuanto al amor, ¿de verdad existe más allá de los cantos que aprendí de las musas?

—Si no lo sabes, no merece la pena explicártelo —le respondió Mopso, con la cara más afilada que de costumbre.

Era un buen amigo. Su mejor amigo. Apoyó, entre los primeros, la propuesta de Orfeo de recalar en la isla de Samotracia para iniciarse en los ritos mistéricos de los cabiros, dioses protectores de los marinos. Junto al propio Jasón, Mopso fue quien más hermosamente danzó en honor de la diosa Cibeles mientras Orfeo daba instrucciones a los argonautas y hacía girar, en torno a un eje, el estridente disco de metal a cuyo son ejecutaban estos la danza sacra. Así se propiciaron a la diosa antes de entrar en las brumas del temible Bósforo.

◇◇◇

Abrasador a veces, el sol se cebaba en su piel, el salitre le hinchaba los labios, mas no dejaba de cantar para marcar el ritmo de la boga. Compondría un gran canto sobre aquella aventura, pensó. Todas las mañanas invocaba a Mnemósine para retener en la memoria el jadeo de los remeros, sus gritos de júbilo al salvar un obstáculo, la camaradería y las disputas, el rugido del mar, el magno día en que Apolo se les

apareció sobre la isla de Tinia y sus rayos de oro lo hicieron llorar. Danzaron en honor del dios y se prestaron un juramento de amistad eterna.

También recordaría, con un escalofrío, un terrorífico silencio. Al doblar un cabo, ya en el mar Negro, un frío helador, casi palpable, emanó de la orilla, dejó sin olas el mar y alcanzó a la Argo. Se agarrotaron las manos de los remeros. Orfeo interrumpió su canto y observó el cielo repentinamente privado de aves, el mudo promontorio que desfilaba ante ellos, los campos yermos. Abandonó la proa y se acercó al banco donde remaba el heraldo de los argonautas, conocedor de los nombres y las historias de cada uno de los lugares por donde pasaban.

—¿Qué es esto, Etálides? —Le castañeteaban los dientes.

—El aliento de los muertos.

—¿Qué quieres decir?

—Ese es el cabo Aqueronte —aclaró Etálides señalando las rocas—. Tras él se abre una de las bocas del reino de Hades.

El solo nombre del dios de las tinieblas y del aciago mundo subterráneo sobre el que este gobernaba helaba las venas. Volvió a su puesto y aceleró el ritmo de su canto, redoblaron las paladas los argonautas para alejarse cuanto antes de aquel lugar siniestro donde solo moraban las sombras de los difuntos. Para conjurar el mal presagio, el músico entonó un canto a los dones de la vida, ignorante de que pronto descendería él mismo al reino de los muertos por su propia voluntad.

∞

—Prepárate, Orfeo. —Jasón apoyó la mano sobre su hombro—. El timonel avista ya la isla de las sirenas.

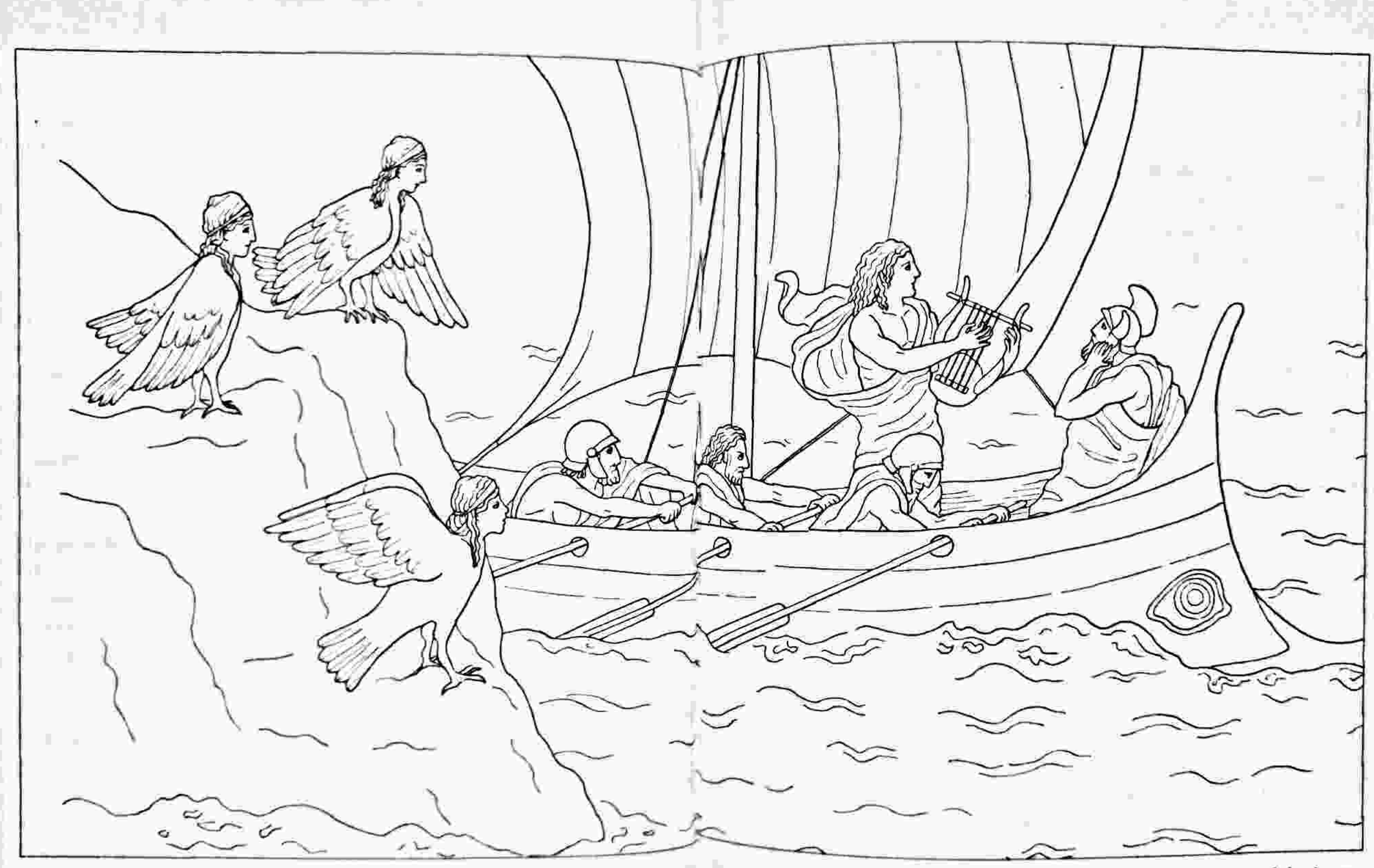
—¡Argonautas! —exhortó a continuación a sus hombres—. ¡No hemos llegado hasta aquí sin esfuerzo! Después de tanto sufrimiento nos queda un último obstáculo, el más peligroso. ¿Queréis regresar a vuestra patria, abrazar a vuestros padres y a vuestras esposas e hijos? Entonces remad y escuchad la música del tracio, pues en ello nos va la vida.

Las olas balanceaban y empujaban contra la Argo tablas rotas, jirones de velas, un barril, siniestros testimonios de la última nave destrozada por los bajíos que rodeaban el promontorio de las sirenas. Encima de las rocas contra las que se habían estrellado, brillaban al sol los huesos de los infelices navegantes que, incapaces de resistir la atracción de su canto, se habían aproximado a escucharlas. En lo alto del acantilado se perfilaron, a lo lejos, las siluetas de las terribles y fascinantes aves con cabeza y busto de mujer.

En cuanto Orfeo captó una lejana melodía, se encaró en dirección a la isla y pulsó la cítara mientras sus compañeros al remo mantenían las cabezas gachas.

Tras una breve invocación a Apolo, dirigió su canto a las sirenas. Con voz suave primero y potente después, les recordó que su madre, la musa Calíope, compitió en cierta ocasión con ellas y, aunque sus voces pajariles eran bellísimas, las venció con su dulzura y su sabiduría. Las sirenas pagaron la derrota con las plumas. Él mismo, en su infancia, solía acariciar la corona de plumas de sirena que con frecuencia se ceñía su madre a las sienes.

Dulces y melodiosas, las voces de las sirenas llegaban hasta la nave debilitadas por la distancia y por el canto de Orfeo. No se entendían apenas las palabras, pero su tono evocaba los atardeceres del estío, cuando la belleza del ocaso y la



El citaredo redobló la fuerza de su canto frente a las melodiosas voces de las sirenas.

frescura del aire invitaban a amar. Los argonautas del costado más próximo al promontorio levantaron la cabeza y, extasiados, dejaron en alto los remos. Viró la nave hacia los escollos, impulsada por el esfuerzo de los remeros del lado opuesto, que no habían dejado de bogar.

Redobló el citaredo la fuerza de su canto: las sirenas —clamaba de la manera más bella y enérgica— no eran dignas de confianza, por mucho que ofrecieran amor e innumerables goces. ¿No recordaban que, en otro tiempo, ellas mismas fueron mujeres de la cabeza a los pies? La diosa Deméter les había encomendado el cuidado de su única hija, Perséfone. Confiaba en ellas. Mas ¿dónde estaban cierto día, mientras la hija de la diosa recogía lirios en un prado?

La nave se estaba enderezando para seguir la ruta correcta, pues todos los argonautas, oyendo a Orfeo, habían vuelto a hundir las palas en el mar de manera acompasada y armoniosa. Dándose cuenta de que perdían a sus futuras víctimas, las sirenas agudizaron su canto. «Venid, venid», decían, y ahora se las escuchaba bien porque estaban más cerca, «os daremos los deleites que más deseáis y los que ni siquiera habéis imaginado». Sus voces cargadas de promesas surtieron otra vez efecto y el Argo se les aproximó.

De manera aún más eficaz, sonora y cadenciosa, prosiguió Orfeo con sus acusaciones: mientras ellas, como siervas de Deméter, se desentendían de su obligación de velar por Perséfone, el carro del dios Hades surgió de pronto a las espaldas de la joven, la agarró por la cintura y se la llevó al mundo de los muertos para hacerla su esposa. Que ningún argonauta se engañase: el deleite nunca imaginado que les prometían las sirenas solo era un cebo, una trampa para

atraerlos y arrebatarles la vida en plena juventud para arrastrarlos a los infiernos.

Las rápidas paladas de los remeros, cuyos oídos se concentraban en escuchar a Orfeo, los alejaban otra vez de los peligrosos bajíos.

Más que cantar, insistía el citaredo, las sirenas deberían llorar por el justo castigo que les impuso la diosa Deméter. La diosa no les permitió seguir siendo mujeres, sino que les hizo brotar alas y patas. Mejor harían en cerrar de una vez sus bocas y cesar de entonar su canto falso y traicionero.

Esto cantaba Orfeo y, antes de llegar al final, las sirenas, derrotadas por la vergüenza y por la veracidad de las palabras del tracio, se taparon los rostros con las alas y callaron. A la nave solo llegaba el rumor de las olas rompientes contra los escollos, el susurro del viento. Únicamente un argonauta se había arrojado al mar. Los restantes derramaron lágrimas de alivio.

Tras superar este obstáculo, aún habrían de arrostrar algunas dificultades y penas, entre ellas una muy dolorosa para Orfeo. Profesaba un gran afecto por Mopso, su mejor compañero y amigo, con el cual solía mantener largas conversaciones y confidencias, pero de manera inesperada se lo arrebató la muerte en las arenas de Libia, víctima de una sierpe venenosa. Con gran pesar hubieron de darle sepultura allí mismo, lejos de su tierra, sin nadie que en el futuro acudiera a su túmulo a llorarlo y rendirle los honores debidos.

El resto del viaje lo pasó ya con añoranza por el amigo perdido, y con pena por la próxima separación del heraldo Etálides, de quien había aprendido tanto, y de los demás compañeros. Al arribar a Págasas, su puerto de destino, en los

rostros de los argonautas se reflejaba la honda experiencia vivida durante los cuatro meses que había durado su aventura. Partieron muchachos y regresaban hombres.

∞

Orfeo y un pequeño grupo de argonautas, con ánimo alegre, marcharon hacia el norte de regreso a sus ciudades de origen, satisfechos y agradecidos a los dioses por haber vuelto con vida. Tras muchas jornadas de camino, acababa de separarse Orfeo del último de ellos cuando llegó, hacia el mediodía, a las orillas del río Peneo, que discurría por la amplia llanura tesalia antes de penetrar entre montañas de camino al mar. Para quitarse la pesadumbre de no tener ya a ningún amigo cerca, se sentó en un ribazo a tocar la cítara. Al poco tiempo, un anciano que se apoyaba en un cayado y andaba trabajosamente se detuvo delante de él.

—Tu música es maravillosa —se tocaba la oreja con un dedo—. ¿Eres también noble de corazón?

—¿Qué quieres decir, anciano? —respondió Orfeo, desconcertado por la pregunta.

—Mis piernas están débiles y mis ovejas ágiles. No me han esperado. Se han metido allí —señaló con el cayado el valle hacia el que se deslizaba el río—. Me harías un gran favor si me llevaras a tus espaldas.

Cuando entró en el estrecho valle de Tempe llevando a cuestas al frágil anciano, el músico quedó extasiado por la hermosura del lugar.

—Aún es más bello aguas abajo. —El viejo pastor parecía adivinarle el pensamiento. Y, aunque no había ovejas a la vista, añadió—: Déjame aquí.

Obedeció Orfeo y, libre ya de su carga, se internó en aquel paraje por una senda que corría paralela a la corriente del río Peneo. Las riberas estaban perfumadas por arbustos de laurel, y los robles y los sauces proyectaban cálidas sombras que invitaban al descanso. Altas peñas se reflejaban en el agua. Respiró hondo y cerró los ojos.

3

HERIDA DE AMOR

Orfeo salió a toda prisa del refugio. Desde la noche anterior, en los montes Rifeos soplaba una ventisca. La nieve, hiriente como agujas de hielo, le flageló el rostro. Entornó los ojos. No se veía nada, todo era vacío. Los contornos del valle, el bosque de abetos de la ladera opuesta, los picachos agudos de las cumbres se habían borrado. Se sentó sobre el montón de nieve dura que jalonaba el umbral, apoyó sobre su rodilla la cítara y, con las manos envueltas en burdas tiras de piel, empezó a tañer el instrumento.

Evocó a la dulce Eurídice. Aquellas soledades conocían el verde de sus ojos, la calidez de sus labios y sus abrazos, pues ni un solo día dejaba Orfeo de cantar su amor. A los primeros compases se detuvo el viento, quedó la nieve suspendida en el aire, salió a la puerta el tigre. Tumbados en la nieve, con los hocicos apoyados sobre las patas delanteras, los

lobos y los osos cerraban los párpados para escuchar mejor aquel canto de amor desesperado.

∞

Amanecía en el valle de Tempe. Las ondas del río Peneo reían al recibir sobre sus lomos la primera luz y, espejeándola, la devolvían al cielo. Se reflejaba en las hojas de los sauces que se miraban en ellas, en los laureles olorosos y en las trochas, en las peñas grises, deslumbrantes, que desde allá arriba contemplaban el cauce aprisionado a sus pies. Con la claridad y el dulce sonido de las esquilas se desperezaban las ninfas hamadríades en sus moradas, robles majestuosos que, ya solitarios, ya en grupos, salpicaban la angostura del valle.

Un rayo de sol iluminó los párpados cerrados de Eurídice mientras un suave reclamo y el ruido de la tierra al ser escarbada por una pezuña alcanzaban sus oídos. Sonrió.

—Ya estás aquí —se asomó desde las hojas más altas, donde le gustaba descansar de noche. A poca altura, pues su roble y ella eran jóvenes.

Descendió deprisa. Apenas apoyó la punta del pie en el suelo, el pequeño corzo levantó el hocico y le buscó las manos. Eurídice le acarició la frente entre los ojos y, formando un cuenco con las manos, recogió el rocío de las hojas y se lo dio a beber. Mientras la lengua del animal apuraba el líquido, la joven hamadríade miró a todos lados.

—De momento, no se le ve —declaró satisfecha—, pero debes ser muy cuidadoso. No me fío de Aristeo. ¡Cuánto mejor sería que se dejase el arco en casa! Me admiro de la docilidad de las abejas, que le permiten coger su miel y

consienten que les mueva las colmenas de un sitio a otro. Claro que a ellas no puede matarlas a flechazos.

Eurídice ladeó la cabeza y la expuso al viento para que le peinara los cabellos antes de ceñirse sobre la frente, apresuradamente, su corona de hojas, bellotas y flores. Abrazó un instante el tronco del roble. Ambos habían germinado y nacido de una semilla arrastrada por la brisa otoñal hasta aquel modesto replano entre las rocas, un lugar abrigado y algo escondido.

Con graciosos pasos de danza y la sonrisa en los ojos, descendió, seguida por el corzo, hasta el bosque de laureles donde se formaba ya el cortejo de Apolo. En los rostros de las hamadríades más viejas se reflejaba aún la tristeza por la muerte de una compañera, cuyo roble, pese a sus súplicas, había sido abatido cruelmente por un mortal. Mas ya se acercaba el dios radiante y a ellas les correspondía celebrar su llegada y, danzando alrededor de él, acompañarlo en su paseo aguas arriba.

Cantaba el río Peneo, los laureles emanaban su perfume al contacto con los dedos del dios, y el valle entero resplandecía. De pronto, el corzo emprendió una veloz carrera. Se sobresaltó Eurídice y, temiendo que acabase, como su madre, abatido por las fechas de Aristeo, corrió tras él al tiempo que lo llamaba sin conseguir que se detuviese. Treparon por una ladera erizada de rocas hasta una altura que la hamadríade no había alcanzado jamás, lo siguió por un sendero volante, casi a pico, sobre la corriente y el arbolado del valle y, al doblar el animal un recodo, lo perdió de vista.

Entonces oyó aquella voz. Era la más hermosa que había escuchado jamás, cálida como el sol y suave como el plu-

món de los gorriones. El canto, dulcísimo, describía la cúpula nocturna que cobija a los amantes mientras la luna se ocultaba, con pudicia, tras un velo de nubes.

Eurídice se acercó con cautela hasta el espolón de piedra tras el que había desaparecido su protegido y se asomó. Un poco más abajo del sendero, sobre la ladera empinada y de cara al valle, un joven cantor tañía la cítara y nada se movía salvo sus manos delicadas y sus labios. Callaba el río Peneo, las copas de los sauces permanecían inmóviles a sus pies. Hasta el sol parecía haberse detenido junto a las cabrillas, el corzo, los alcotanes que habían remontado el río desde el mar, las abejas suspendidas sobre las flores del romero, sin libar ni zumbar.

Lo observó, fascinada, y se acercó a él poco a poco. Aquel canto penetraba bajo su piel, se propagaba por todos sus miembros y los reavivaba igual que la savia vivifica hasta la última hoja, la recién nacida y la que está a punto de morir. Cerró los ojos y aspiró el olor a almizcle que brotaba de sus cabellos negrísimos, ocultos en parte por un gorro calado hasta la nuca. Admiró sus largas piernas enfundadas en un tejido de lino, una flexionada y la otra extendida hacia el valle, la gravedad de su perfil y aquel anhelo sin nombre que dejaba traslucir la melancolía de su canto. Sintió un deseo irresistible de aproximarse más.

∞

Al terminar su canto, Orfeo notó un aliento fresco y cálido que le rozaba la sien derecha. Volvió el rostro y sus ojos tropezaron con unos gráciles tobillos y los pies más blancos y delicados que hubiera visto nunca. Descalzos, se posaban

sobre la roca como si se tratase de un lecho de heno mullido. Pertenecían a una criatura de carne y luz de la que emanaba la potencia del árbol arraigado a la tierra y la gracia de las mariposas. Su visión lo deslumbró como un relámpago y lo dejó mudo, pues su belleza no cabía en las palabras. Por primera vez, el universo se detuvo no para escuchar su música, sino los latidos acelerados de su corazón.

—¿Quién eres?

Apartó a un lado la cítara y se levantó. La piedra sobre la que apoyaba el pie derecho se desprendió de la ladera, Orfeo perdió el equilibrio, cayó hacia atrás y se deslizó por la empinada pendiente. Las rocas le laceraban la espalda; brazos y piernas se movían como las ramas plantadas en los campos para espantar a los pájaros. Un golpe en la cabeza lo dejó sin sentido y, por suerte, una roca plana detuvo su caída.

Precedida de los animales, Eurídice saltaba de una piedra a otra cuesta abajo, temerosa de que aquella caída hubiera resultado fatal. Cuando llegó al lado del músico, comprobó que respiraba. El corzo se tumbó junto a la cabeza de Orfeo mientras la hamadríade descendía hasta el río y regresaba con una corteza cóncava llena de agua y un puñado de líquenes. Le lavó las heridas con cuidado y de su propia corona tomó varias hojas de roble, las humedeció y las aplicó a las contusiones. Durante tres jornadas lo alimentó con leche de las cabras y con miel que las propias abejas le traían y con la cual untaba delicadamente sus rasguños. Cuando no admiraba su semblante, se acurrucaba a su lado para darle calor y le susurraba al oído palabras de aliento. Más de una vez rozó los labios del joven con los suyos. Permanecía junto a él noche y día, salvo el tiempo justo para acercarse hasta su

roble y recuperar vitalidad, pues no podía sobrevivir lejos de su árbol durante mucho tiempo.

—¿Cómo te atreves a robarme la miel? —La áspera pregunta de Aristeo la sorprendió una mañana, mientras recogía un trozo de panal depositado al pie de su roble. El cazador se hallaba a cuatro pasos de distancia, con el arco colgado del hombro y un esqueje de vid en la mano.

—Me la regalan tus abejas. Una pequeña compensación por libar el néctar de mis flores. ¿No te parece justo?

Aristeo clavó en los labios de la ninfa una mirada ávida y burlona. Gruñó y se dio media vuelta. Aunque hijo de Apolo y de la ninfa Cirene, era un hombretón hosco y rudo. Había sido el primero en domesticar a las abejas y en cultivar las viñas, así que iba a diario de unas a otras sin detenerse a hablar con nadie. Fuera de esas ocupaciones, solo le interesaba la caza.

Esperó Eurídice, no sin recelo, a que el apicultor se perdiera de vista y luego se apresuró a llegar al lado del músico. Lo encontró despierto e incorporado sobre un codo. Se detuvo, azorada, y con cierto pudor se acomodó los largos mechones castaños de modo que le cubrieran mejor los senos, tiernos y redondos.

—Así que no eras un sueño. —La voz de Orfeo sonreía tanto como su boca. Tendió la mano hacia la ninfa—. Temía que mis sentidos me hubieran engañado estos días. Ven aquí, criatura deliciosa, vida de mi vida, salvadora. ¿Qué diosa magnánima te ha enviado a mí?

Eurídice aceptó la mano que Orfeo le ofrecía mientras pronunciaba estas palabras y se arrodilló junto a él. Los ojos de ambos se encontraron: los del músico, miel derretida; un

estanque verde y luminoso los de ella. Hablaron largamente; contemplaron juntos las estrellas; no podían separarse el uno de la otra.

Dos días después, un Orfeo completamente repuesto la cogió de la mano y, con el corzo abriéndoles camino, descendieron al valle. Los acompañaban las esquilas, el balido de los corderos llamando a sus madres y el alegre son de las zampoñas de los pastores cuyo eco repetían las peñas. Así llegaron a las orillas del Peneo. Con un fuerte rumor de hojas, convocó Eurídice a las hamadríades del valle y ellas, pese a tener los cabellos desordenados y los pechos aún jadeantes por la danza, acudieron de buen grado.

—Amigas —anunció Eurídice—, alegraos conmigo, pues las flechas de Eros nos han herido a mí y a Orfeo y vamos a celebrar nuestras bodas.

Todo fueron felicitaciones y alegría, más todavía al saber que la madre del novio era la musa Calíope, tan amada por Apolo. Bulló el prado de animación. Unas ninfas apartaron a la novia y, con peines de agua y campanillas, le trenzaron los cabellos y sustituyeron su corona por una fresca; otras prepararon guirnaldas para el novio y, a petición de este, que quería honrar a Dioniso, tejieron una ligera malla de hiedra y mirto y la tendieron, a modo de dosel, entre dos sauces. Poco después del mediodía, la pareja estaba preparada.

A la invocación de Orfeo, comparecieron Eros, empuñando su antorcha para encender pasiones, e Himeneo, quien con su manto azafranado presidía los cortejos nupciales. La tea de este último, en lugar de estallar en alegres llamas, solo produjo humo y el dios, contrariado, se marchó. Pese a su ausencia, los novios unieron sus manos.

—Te amaré hasta la muerte, dulce Eurídice —prometió Orfeo—, ni aun la muerte tendrá poder suficiente para que deje de amarte.

Sus labios y sus cuerpos se exploraron y se fundieron entre la maravilla y el éxtasis, una mezcla embriagadora de dulzura y ardor. Dormían tan estrechamente enlazados como la hiedra que se abraza al árbol. Cada mañana, Eurídice despertaba a su esposo deslizando en su oído su risa cristalina, transparente como el agua del río; con manos candorosas y la sonrisa en los labios le acariciaba el cabello y él se estremecía y se entregaba una vez más a ella. Pasó todo el verano. Orfeo compuso cantos tan vibrantes y alegres que desde lo más hondo del valle hasta las cumbres sonreía el Tempe entero, los peñascos se inclinaban para escucharlo mejor, producían más lana las ovejas. Su amor por Eurídice era tan profundo que para expresarlo no le bastaban las siete cuerdas de la cítara y le añadió dos más, nueve en total, como el número de las musas.

ooo

—Esposa —dijo una mañana sin abrir los ojos, cuando sintió los labios de Eurídice sobre los suyos—, ayer oí decir a unos pastores que mi madre y sus hermanas han venido al Helicón. No la veo desde que cumplí nueve años.

—Ve a visitarla, querido mío. Te acompañaría si pudiera, pero está muy lejos para mí. Procura regresar antes del invierno —suplicó—. ¡Moriré de frío si no duermo en tus brazos!

Se reía mostrando su propia falda de hojas que, como las de su roble, habían cobrado los tonos amarillos, anaranjados



Los cuerpos de Orfeo y Eurídice se fundieron en una mezcla de dulzura y ardor.

y marrones del otoño y ni siquiera le llegaban ya a la altura de las rodillas. Más bellotas que flores colgaban de su corona sobre la frente, se despertaba un poco más tarde cada día y tardaba en desperezarse. A fin de tomar fuerzas para generar nuevas ramas, hojas y flores cuando llegase la primavera, durante los próximos meses dormiría mucho más.

Apenados por su primera separación, una mañana otoñal caminaron los esposos, cogidos de la mano, por la ribera del río. Varias veces se detuvieron, pronunciaron tiernas palabras de despedida y se besaron pero, incapaces de separarse, seguían juntos un trecho más. Cuando no era Orfeo el que retrocedía, Eurídice corría tras él y, delatada por el crujido de las hojas, el esposo se volvía hacia ella con los brazos abiertos para recibirla. Finalmente, comprendiendo que no debían prolongar esa despedida, Eurídice apoyó su espalda contra un sauce y lo vio partir. La última vez que se saludaron levantando las manos, cada uno de ellos era solo un punto diminuto entre las hojas enrojecidas de las parras salvajes que trepaban por las rocas.

Eurídice emprendió el regreso a casa. Pensó que aprovecharía la ausencia de Orfeo y los días que restaban de buen tiempo para buscarle al corzo un refugio seguro cerca de su propia morada, con abundante ramaje para que el animal pudiera alimentarse durante el invierno. Ya echaba de menos a su amado. Las aguas del río parecían más tristes sin su música, el prado y los aligustres cercanos a la orilla se le antojaban mustios. Caminaba con lentitud y con la cabeza gacha. De pronto, plantado en el sendero delante ella, apareció Aristeo.

—¿Te has quedado sin compañía? —Su mirada era tan repugnante como su media sonrisa—. ¡Ven a mis brazos y te consolaré!

Eurídice miró rápidamente a todas partes. Descartó volver sobre sus pasos río arriba por miedo a alejarse aún más de su roble. Lo mejor sería esquivar al odioso cazador y seguir luego por la orilla del agua. Era joven y ligera. Corrió hacia delante saliéndose del sendero, sorteó el brazo que Aristeo extendió para agarrarla y lo pasó de largo.

—¡No huyas! —El cazador se dio la vuelta y empezó a correr tras ella—. ¡Vuelve! No quiero hacerte daño.

Los largos cabellos de Eurídice flotaban a sus espaldas, aligerados por una suave brisa que penetraba en el valle desde la desembocadura del río. La hierba, acostumbrada a la levedad de sus pisadas danzarinas, se plegaba bajo sus pies. Gritaba Aristeo mientras la perseguía, cada vez más encendido y ansioso, decidido a poseerla. Sus jadeos aumentaban el miedo de la hamadríade, que con frecuencia volvía la cabeza para cerciorarse de que mantenía la distancia. Debía correr más deprisa, más deprisa. Ya no oía a sus compañeras que, alertadas por las voces de Aristeo, se acercaban a la ribera y gritaban también. No veía los árboles, ni el prado, ni dónde pisaba. De pronto, un agudísimo pinchazo en el tobillo le causó un dolor tan fuerte que la hizo caer. Se derrumbó sobre la hierba, como si toda su energía se hubiera desvanecido de improviso. Una sierpe deslizó su vientre viscoso por la grama dejando dos puntos negros como la noche en el pie de Eurídice.

El grito y el gesto de dolor de la joven enfriaron el ímpetu de su perseguidor, que se detuvo a unos cuantos pasos mientras las ninfas lo sobrepasaban y se arrodillaban en torno a ella. Aristeo contempló la escena con aprensión y luego desapareció entre los árboles.

—Orfeo, Orfeo —murmuraba Eurídice, incorporada y sujetándose el pie con las dos manos.

—¿Dónde está? —preguntaban sus compañeras.

—Se ha marchado al Helicón esta mañana, por el sendero que va río arriba —respondía ella con un lamento—. Avisadlo, por favor. Que venga pronto.

Al punto las ninfas agitaron sus cabellos para mandar un mensaje a las dríades que vivían en el límite con el llano, en el lugar donde el río Peneo dejaba atrás las praderías para encajonarse en el valle de camino al mar. Movían con desesperación las cabezas, temerosas de que Orfeo hubiera avanzado demasiado y estuviera ya fuera de su alcance. Una de las hamadríades más ancianas miraba con desolación la herida. No era la primera vez que veía algo semejante.

—Ayudadme a tenderme, tengo sueño. —Los pálidos labios de Eurídice empezaban a adquirir un color purpúreo. La hinchazón del pie crecía y se extendía por la pierna. Ya no podía doblar la rodilla.

∞

Orfeo se alejaba a buen paso con la cítara colgada a la espalda, triste y alegre a la vez. Un poco arrepentido por no haber visitado a su madre antes, cuando regresó a Págasas con los argonautas. Cierto que ella estaba entonces en el monte Parnaso y hubiera tenido que hacer un largo recorrido para ir a verla. Tampoco lo pensó. Algunos de sus compañeros se dirigían al norte de retorno a sus patrias y se unió a ellos, imbuidos todos del espíritu de amistad y camaradería surgido durante el viaje. Su deseo de volver a Ciconia no era muy fuerte. Si ya le pesaba la soledad y el aislamiento en el que

vivía antes de recibir la invitación de Jasón para embarcarse en la Argo, aún menos apetecible le parecía después, tras haber participado en tan intensas aventuras. Mientras andaba sumido en esos recuerdos, se soltó una de las cintas que sujetaban su cítara y se detuvo un instante para atarla de nuevo. Resuelto ese pequeño incidente, tomó conciencia de que estaba a punto de salir del valle. Respiró a fondo el perfume de los laureles y se giró para despedirse de los sauces dorados por el otoño.

De repente, un remolino de aire agitó con fuerza las copas de los árboles y lo hizo tambalearse. Su cabello recibió una sacudida y su gorro voló hacia el interior del valle. Corrió tras él, pero cada vez que estaba a punto de atraparlo, se lo arrebataba otra ráfaga. Los robles emitían un rumor intenso y extraño, inquietante. Algo dentro y fuera de él lo impulsaba a regresar a su hogar. Entre la espesura apareció el corzo. Se detuvo unos instantes al ver al músico, clavó sus grandes ojos en él y enseguida volvió el lomo y reemprendió una veloz carrera por donde había venido. Orfeo ya no tuvo duda de que Eurídice lo necesitaba. Echó a correr.

El corzo le mostraba el camino, sin separarse de la orilla. Sus saltos no eran más largos que los de Orfeo, quien no se detenía ni un instante, espoleado por un miedo oscuro y creciente. Le parecía que no iba a llegar nunca. Por fin, junto a la ribera, vislumbró el grupo funesto. El delicado pie de Eurídice se había convertido en un bulto negro y deforme.

—¿Qué ha ocurrido? —gritó.

Las hamadríades se apartaron para que Orfeo pudiera acercarse a su esposa. Tendida en el suelo, desmadejada, yacía Eurídice. Cayó el joven de rodillas a su lado y le pasó un brazo

por la espalda para estrecharla contra su pecho. El cuello de la joven carecía de fuerza y su cabeza se deslizó hacia un lado.

—¡Eurídice! ¡Esposa mía! Despierta, mírame. Háblame.

Los cabellos le caían por detrás hasta el suelo, lacios y sin vida, marchitos. Su rostro, tan hermoso, tenía un tinte grisáceo y los ojos, aunque entreabiertos, miraban al vacío. Trataba de sonreír. Movió un poco los labios.

—No me olvides —logró articular en voz muy baja, al oído que le había acercado Orfeo.

—¡Quédate conmigo, Eurídice! ¡No me dejes!

Llorando, le relataron las hamadríades lo ocurrido; él besaba la frente de su esposa, le frotaba con suavidad las manos en un intento de devolverles el calor y le repetía cuánto la amaba.

El viento se detuvo poco a poco. Cesaron de moverse los laureles. Gimió el río.

—¡Maldito seas, Aristeo! —gritó el viudo a pleno pulmón—. Puesto que has destruido a la criatura más dulce que haya existido jamás, ¡que tus abejas no vuelvan a fabricar miel!

◇◇◇

Se tendió Orfeo al lado de Eurídice y le cogió una mano. En silencio, contemplaba el cielo entre el ramaje. Las nubes rosadas anunciaron el atardecer y se desvanecieron lentamente para dejar paso al negro de la noche. Rutilaban las estrellas allá arriba. Las hamadríades, apenadas por la muerte de su compañera más joven y profundamente conmovidas por el dolor de Orfeo, se turnaron para no dejarlo solo. Tampoco el corzo se había movido de allí.

Con el amanecer llegaron las abejas. Volaban en torno a Eurídice, cuyos miembros empezaban a adquirir un aspecto leñoso, y caían desplomadas. Un manto negro y amarillo cubrió las piernas de la ninfa y se extendió a su alrededor. Miraba Orfeo caer aquella lluvia y su corazón destrozado no se apenaba. Algunas flores tardías que salpicaban el prado doblaron la cabeza.

—Levántate, Orfeo —le dijo con dulzura una de las ninfas—. Debemos darle sepultura.

—No quiero separarme de ella —respondió el músico sin moverse.

—¿Prefieres que vague como un mendigo cuyo cadáver yace insepulto al borde de un sendero? Su sombra no podrá entrar en el reino de Hades si no cumplimos todos los ritos y colocamos en su boca el óbolo para que pague al barquero Caronte.

Orfeo no respondió. Las lágrimas bañaban sus mejillas. Con delicadeza, soltó la mano de Eurídice que aún tenía sujeta con la suya y se incorporó. Miró largamente el amado rostro de su esposa. La besó en la frente y en los labios. Luego se puso en pie y, con los ojos enrojecidos por las lágrimas y por un fuego interior que transformaba y ensombrecía aún más su semblante, se dirigió a la hamadríade más anciana.

—Sepultadla vosotras. Yo voy a combatir esta muerte.

Se alejó por el camino. Primero andaba despacio, como si las sandalias estuvieran adheridas al suelo y levantar cada pie constituyera un esfuerzo sobrehumano. Luego, avivó el paso y después corrió, corrió dando gritos y las ninfas seguían oyendo sus voces desgarradas cuando ya los árboles lo habían ocultado de la vista.

Purificaron el cadáver con agua del río. Tres de ellas fueron al pequeño replano donde habían crecido Eurídice y su roble. El árbol había perdido todas las hojas, sus ramas estaban rugosas como si tuvieran ya mil años y las más débiles se habían desgajado del tronco. Solo este se mantenía erguido, pero un pequeño agujero a media altura se había agrandado y parecía una boca abierta, sorprendida por la muerte repentina. Las hamadríades recogieron en sus faldas la hojarasca, las ramas rotas y un poco de la tierra donde habían germinado. Regresaron a la orilla y colocaron todo ello sobre el cuerpo de Eurídice. Culminaron el túmulo añadiendo tres ramas de laurel como homenaje de Apolo, pues también el dios se dolía por haber perdido a la danzante más joven de su séquito. No se veía a Aristeo. Ni una sola de sus abejas había sobrevivido.

4

EN BUSCA DEL AMOR PERDIDO

Durante el largo invierno, Orfeo había recorrido de norte a sur gran parte de la Hélade a despecho del frío y de la dureza de la ruta. Lo sostenía su dolor por la muerte de Eurídice, que proclamaba a diario con sus cantos, y lo alentaba la entera naturaleza: los árboles y los animales que lloraban con él; las rocas del camino, cuyas lágrimas afloraban en manantiales; la honda conmoción de los humanos. Asomaban en las umbrías los pétalos amarillos de las celidonias cuando intuyó que estaba a punto de alcanzar su meta. Durante la pasada noche, lo había arrancado del sueño el dulcísimo canto de un ruiseñor que se preparaba para recibir a su pareja. Era un presagio, una señal favorable de que pronto tendría entre sus brazos a su esposa.

Con esa esperanza acometió el ascenso de la loma. Ya en la cima, el corazón se le detuvo al mismo tiempo que las piernas. A los pies de la colina se bifurcaba el sendero. Uno

de los ramales continuaba recto hasta la punta del cabo que, largo y estrecho como una lanza, penetraba en el mar Jónico; el otro, aún más pedregoso, torcía a la derecha y descendía hacia una hondonada sombreada por fúnebres tejos. Ese era exactamente el paisaje que le había descrito Etálides, el heraldo de los argonautas, a cuya amistad había recurrido cuando el dolor y la desesperación por la muerte de su amada lo impulsaron a abandonar el valle de Tempe.

—La boca más cercana del Hades abre sus fauces en el cabo Ténaro —le había explicado el argonauta—. ¿Para qué quieres saberlo, tracio?

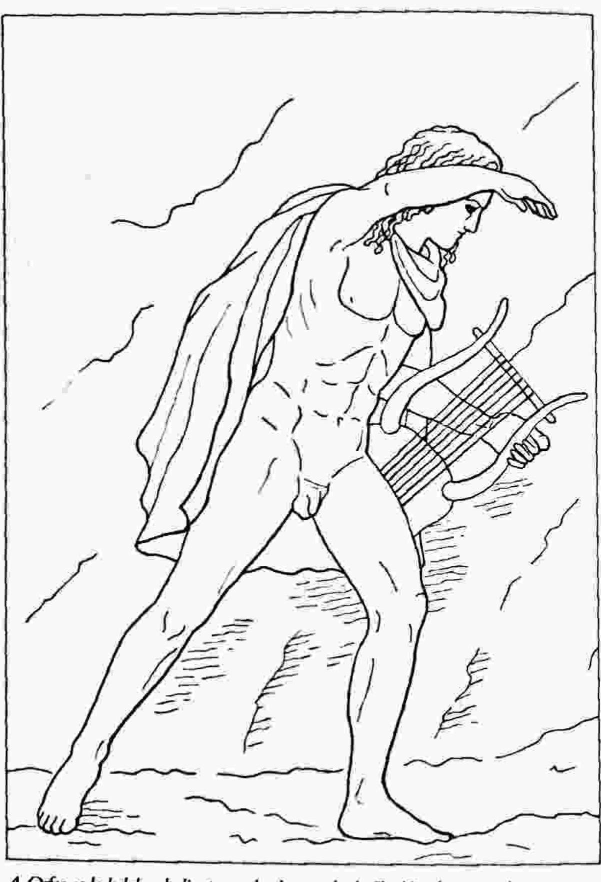
—¿Tú también vas a llamarme loco, si te digo la razón? —Y, ante la ancha sonrisa de Etálides, continuó—: Voy a rescatar a Eurídice de la muerte.

—¿Esto lo dice quien no creía en el amor? —Esa fue la contestación del heraldo, que se irguió en su asiento—. Claro que estás loco. Ni siquiera te dejarán entrar. Pero no seré yo quien abandone a un amigo. Te explicaré cómo llegar allí.

El haber seguido con exactitud sus instrucciones daba ahora su fruto. Descendió Orfeo hasta el pie de la colina y al llegar a la bifurcación se acuclilló y revisó sus armas: comprobó que la tensión en las cuerdas de la cítara fuera la adecuada y se la colgó de nuevo a la espalda, guardó en el puño el plectro para tañerlas y repasó algunos de los consejos que le había dado Etálides, bien informado por su padre Hermes, para llegar a las orillas del río Aqueronte. A partir de ahí, Orfeo habría de confiar en su instinto. De la calabaza de agua vertió en el suelo unas cuantas gotas como libación a Apolo y ofrendó otras a Dioniso antes de invocar y llamar en su ayuda a su madre y a las demás musas.

Recorrió el sendero tan deprisa como le permitían los pies, torturados por las aristas de las piedras. El helor de la muerte y un tétrico silencio se abatieron sobre él en tanto una neblina mefítica, que emanaba de las raíces de los tejos, reptaba entre los troncos y se elevaba volviendo el aire irrespirable, asfixiante. Penetraba el camino en una cueva vacía, sobrecogedora por su vastedad y por una luz difusa que volvía más terrorífico aún todo lo que quedaba en sombras: un oscuro hueco, opresivo y sin nombre. Le temblaban las manos, se le helaba el aliento y solo el recuerdo de Eurídice lo empujaba a avanzar con la mirada clavada en el suelo. De pronto, lo sacudió un dolor intensísimo, como si acabara de recibir el azote de un látigo y experimentase de nuevo, en carne viva, la desgarradora muerte de su amada. Llegó un segundo golpe, aún más penetrante y amargo: había hecho mal en dejarla sola; no regresó tan deprisa como era necesario; debió encontrar el modo de extraerle el veneno de la herida Por esos signos supo que había llegado al vestíbulo de los infiernos y se atrevió a levantar los ojos. Tal como le había advertido Etálides, se encontró de frente con los rostros contraídos del Dolor y del Remordimiento. Los acompañaban otras desgracias, mas Orfeo evitó mirarlas y aceleró el paso.

Aquella senda desembocaba en la tenebrosa ribera del río Aqueronte. En sus negras arenas se agitaban las sombras de un sinnúmero de muertos cuyas manos, como un macabro revoloteo de aves, se tendían hacia la ansiada orilla opuesta. Llamaban con ese gesto a Caronte, el escuálido barquero, quien, vestido de harapos y con una luz de codicia en los ojos, impulsaba su barca de cuero, medio hundida en la



A Orfeo se le helaba el aliento y solo el recuerdo de Eurídice lo empujaba a avanzar.

ciénaga, valiéndose de una pértiga. A los insepultos y a los desheredados los rechazaba con modales hoscos. Quienes llevaban el óbolo para pagarle le abrían sus bocas y los huesudos dedos del barquero hurgaban en ellas, en busca de su paga, antes de permitirles subir a su esquife. Apenas vio en la orilla a Orfeo, le gritó con voz desabrida:

—¡Eh, tú, vete de aquí! O muérete, si lo prefieres, porque los vivos no pueden entrar en este reino.

—Vengo a buscar a mi esposa, Eurídice. ¿La has visto, buen barquero?

Sobre las cabezas de los millares de muertos se expandió la carcajada de Caronte, terrible, hiriente, mientras se le agitaban las largas barbas grises. Entonces, con mayor fuerza y potencia que el gorgoteo repugnante del cenagal, la risa del barquero y los lejanos gruñidos del perro que guardaba la entrada al submundo en la otra orilla, se elevó el canto de Orfeo y resonó en toda su belleza. Llamaba a Caronte y le rogaba un pasaje en su barca para ir al encuentro de su esposa, sin la cual la vida le resultaba insoportable. Si accedía a esta súplica, sus pasajeros lo aclamarían como el más grande bienhechor del amor. Mientras esto cantaba, la proa de la barca tocó la ribera, el barquero lo invitó a subir y, solos los dos, atravesaron el pestilente río Aqueronte.

En el otro lado, el can Cerbero se aproximaba a la orilla tanto como le permitían las cadenas que lo amarraban a la entrada que debía vigilar. Alargaba sus tres cabezas para oír mejor; los tres pares de ojos y de orejas permanecían inmóviles, abiertas por el asombro las triples fauces bajo las cuales, laxas, colgaban dormidas las serpientes que solían erizar su cuello. El músico halagó sus oídos enalteciendo a

su progenie y mientras cruzaba el umbral del portón que guardaba el monstruoso portero, lo exhortó a recordar su voz y su canto, a fin de que, reconociéndolos a su regreso, le permitiera salir.

∞

Superada la puerta de acceso, Orfeo se detuvo unos instantes. Su propia respiración le atronaba los oídos. Mas fue peor calmarse. De una isla fangosa, aislada en el centro de la tétrica laguna Estigia, llegaban los gemidos de los recién nacidos, el clamor de los reos injustamente ejecutados y los lamentos de quienes se dieron muerte por su propia mano y ahora querrían vivir. Huyó de aquel horror por el único sendero que tenía a la vista y fue a parar a un oscuro campo donde centenares de miles de muertos arrancaban los asfódelos y los devoraban, pues esas flores constituían su único alimento. Orfeo preguntaba a unos y a otros por Eurídice, mas no obtenía respuesta. De pronto, una voz sonó a su espalda.

—¿Eres tú, Orfeo?

Volvió el rostro. Ante él se hallaba Pilias, su querido amigo, su maestro. Se lanzó a sus brazos, pero solo estrechó aire. Ambos se emocionaron por el inesperado reencuentro y el noble tracio se asombró de hallar allí a su discípulo, estando vivo. Orfeo le explicó que venía a buscar a su esposa y suplicó su ayuda.

—Antes de que sigas buscando, ven conmigo —le aconsejó la sombra—. Debes beber agua de la fuente Mnemósine. Está algo escondida y alejada de aquí, pero es el único modo de que los moradores de este reino conserven la memoria.

—No puedo entretenerme, Pilias. Lo más importante ahora es encontrar a Eurídice. Beberé después. —Su tono era perentorio—. Y, además, estoy de paso: no soy una sombra.

—Yo tampoco —fue la sorprendente respuesta de Pilias—. Escucha, Orfeo, lo que aquí ves no son meras sombras, sino almas. El alma es eterna; el cuerpo, en cambio, es perecedero, una simple envoltura sin ningún valor.

El músico apenas atendía a sus palabras. Le urgía seguir con una búsqueda que cada vez se le antojaba más difícil. Los fantasmales rostros de las sombras, o las almas, o lo que aquello fuera, no hablaban entre sí, vagaban sordas y mudas, con la mirada perdida. Sintió que se le oprimía el pecho.

—¿Eurídice puede hallarse en un estado semejante?

Pilias se encogió de hombros. No lo sabía. Quizá ni siquiera estuviese ya en el Hades.

—¿Cómo puede ser eso? —La alarma crecía en el corazón del citaredo—. Tiene que estar aquí, en algún sitio. Fue envenenada por una serpiente. Expiró en mis brazos.

—¡Ay, amigo mío! Muchas almas vuelven a entrar en otro cuerpo, ya sea humano, ya sea animal y regresan a la tierra —respondió Pilias—. Te lo he dicho: el alma es inmortal.

—Busquémosla, por favor. Necesito encontrarla.

—Me es imposible acompañarte, Orfeo. En esta entrada acojo y oriento a los seguidores de Dioniso sobre cómo actuar y comportarse aquí, en el Hades —y añadió, no sin pesadumbre—: he tenido que morir para aprender tantas cosas... ¿Qué piensas hacer si la encuentras?

— Llevármela conmigo. Saldremos por donde he entrado.

El alma de Pilias movió dubitativamente la cabeza ante el desasosiego y la falta de reflexión de su discípulo. Su mente

ofuscada por el amor le presentaba como fácil una acción imposible. El can Cerbero podría permitirle salir a él, como persona viva, pero jamás dejaría marchar a un muerto.

—Si quieres aceptar el consejo de un amigo, escucha: no te demores demasiado aquí dentro ni permanezcas en las proximidades del río del olvido, el Leteo, pues de él emanan vapores que no te conviene respirar —su rostro, aunque evanescente y mutable, transmitía aprecio—. No busques por tu cuenta a Eurídice, pues es tarea condenada al fracaso. Ve al palacio de Hades y Perséfone y pídeles que te la restituyan. De otro modo, dudo que la halles a tiempo de salir con vida de aquí.

Tras estas palabras, le mostró un camino que se bifurcaba: la senda de la derecha llevaba a los campos Elíseos, donde las almas nobles y heroicas disfrutaban de un merecido bienestar. No debía tomar esa, sino la de la izquierda, que conducía al Tártaro, donde penaban severamente sus culpas los impíos. Debía pasar por delante de él y después buscar y traspasar una puerta. El palacio de los dioses se alzaba por aquella parte del Hades.

∞

Reflexionó el músico sobre el consejo que acababa de escuchar. No había pensado en ello, pues confiaba en su propia habilidad para entrar y salir. Mas debía ser cierto que ni una sombra, ni un alma —si es que era más apropiado llamar así a los espíritus de los muertos— debía moverse sin el permiso de sus soberanos. Comprendía, también, que en aquellas inmensidades a las que continuamente afluían nuevos muertos procedentes de todo el orbe sería inútil buscar a su

amada. Por otra parte, Pilias había sido, en vida, un hombre cabal. Decidió atender a sus palabras.

Enfiló el ramal izquierdo del camino y al poco le congeló la sangre un resplandor rojizo. El fragor de rocas arrastradas y un fiero rugir de llamas constituían el canto del río Flegetonte, cuyo fluido ardía sin consumirse. Rodeaba por completo una alta roca triplemente amurallada en su cima y cerrada por tres puertas. De ellas se escapaban alaridos, el silbido de un látigo al restallar, un estruendo de cadenas. Orfeo respiró hondo y siguió adelante. El calor insoportable que producía el río le ardía en la piel, se la erizaban los aullidos de los supliciados encerrados en la roca. Caminó tan rápido como le fue posible y al poco encontró, paralelo al camino, un sólido muro de bronce y, enfrente, el vano de una puerta coronada por un arco. La cruzó.

Un ancho río se deslizaba, sinuoso, por un valle cubierto de verdor. Miles de almas pajareaban por sus riberas y remansos, entre los bosques y los declives de hierba, produciendo un zumbido amable que recordaba el de los insectos. Inmensas filas se formaban para llegar al agua, de la que bebían hundiendo en la corriente las cabezas fantasmales. Una niebla finísima, transparente, surgía de las ondas y flotaba sobre aquella multitud, acrecentada continuamente por nuevas sombras que arribaban en un flujo incesante. Orfeo contemplaba, hechizado, a las miles que pasaban junto a él por todos lados, sin rozarlo ni prestarle atención. Entre ellas le pareció distinguir un rostro caballuno y un fugaz destello rojizo. Cojeaba un poco.

—¡Mopso, Mopso! —gritó mientras la perseguía.

La sombra se detuvo. Su rostro era tristísimo, desolador. No respondió nada.

—¿No me reconoces, amigo? Soy Orfeo, el citaredo tracio. Fuimos compañeros en la nave... En la nave... —Durante unos instantes, el músico permaneció confuso.

—Argo. Así se llamaba —dijo la sombra mirando hacia otro lado—. En cuanto a ti, no sé. Éramos muchos.

—Me sentaba siempre a tu lado, en tu banco de remo, cuando navegábamos a vela. Me hablabas con frecuencia de tu esposa y de tu hogar, a orillas del río Titareso, en Tesalia.

—He olvidado a muchas personas. —Mopso movía negativamente la cabeza.

—¿Por esa razón acudes a aquel río, a recuperar la memoria?

—A olvidar del todo. Es el Leteo. Olvidar para volver a la tierra. —Hablaba de manera mecánica, como si no comprendiera el significado de las palabras.

Orfeo estaba muy conmovido y al borde de las lágrimas. ¿Dónde estaba su amigo hablador y animoso, intérprete excepcional de los mensajes de los dioses que las aves comunicaban a los mortales? ¿A ese espantoso estado de desmemoria y ausencia quedaban reducidas las sombras de los muertos? Ay, ¿cómo estaría su amada Eurídice? Debía apresurarse.

—¿Sabes dónde puedo encontrar el palacio de Hades?

Mopso volvió la cabeza en dirección contraria al río Leteo. Luego miró a Orfeo y una diminuta luz de entendimiento brilló durante unos instantes en los oscuros huecos donde un día estuvieron sus ojos.

—Regresaré al mundo... Quizá nos volvamos a ver.

Luego agachó la cabeza y su sombra se unió a la masa informe de muertos que se preparaba para volver a la vida.

Mientras tomaba la dirección indicada por su amigo, Orfeo pensaba en qué otro cuerpo reviviría Mopso, si eran

ciertas las palabras de Pilias. ¿Sería una mujer? ¿Tal vez un león solitario, o una hormiga, o un asno que obedece con la cabeza gacha las órdenes de su dueño? ¿Cuántas veces podría revivir un alma? Él mismo, creyéndose un ser único y en cierto modo excepcional por sus dotes para la música, ¿había vivido antes? ¿Acaso lo conocían de una vida anterior los animales que acudían a escuchar su canto? Tal vez contenían almas de hombres o mujeres cuya memoria se despertaba al oír cantar las historias de los héroes y las desventuras de los seres humanos.

Mientras se hacía estas preguntas, descendía el citaredo por una pendiente suave, iluminada por una claridad escasa y gris. Más lúgubres aún eran los espectros que por allí transitaban, descarnados, informes y con el rostro borrado, como si jamás hubieran tenido ojos u orejas y su boca solo fuera un profundo agujero abierto sobre la nada. El músico se estremeció de pavor y de frío. ¿Le habría indicado bien la dirección Mopso? Desembocó al fin en una explanada tan oscura que necesitó tiempo para distinguir, entre la intensa penumbra, algunas formas: altos muros de piedra negra, los contornos de dos torres perforadas por ventanas más lóbregas aún. Siete columnas de mármol pulido sostenían un atrio elevado sobre una escalinata. Ni siquiera los muertos se acercaban allí.

◦◦◦

—Solicito ser recibido por el dios Hades y por su esposa Perséfone.

Las palabras de Orfeo, pronunciadas al pie de la escalinata, reverberaron en la cúpula de piedra oscura bajo la cual se

levantaba el palacio. Silencio. Transcurrió un rato antes de que el músico se atreviera a insistir.

—Bella soberana de los muertos, altísima señora de doradas trenzas, Perséfone, hija de Zeus, traigo un mensaje para ti: está a punto de llegar la primavera. Te aguarda ya tu madre, Deméter, para ir contigo a los campos y hacerlos florecer y fructificar a lo largo y a lo ancho de la tierra. Los mortales esperamos tu llegada impacientes. También yo, Orfeo, quiero solicitarte un don.

—¿Cómo te atreves a molestar a mis soberanos? ¿No sabes que están muy ocupados? —dijo una voz tras haberse escuchado el chirrido de una puerta. Entre las columnas del atrio apareció una esbelta figura, cubierta por una capa. No se le distinguían las facciones, pues una tela fina le velaba el rostro.

—No es mi intención molestar, sino hacerles una súplica. Quizá si tu soberana accediese a escucharme... Un pequeño descanso en medio de sus preparativos para volver a la tierra le puede hacer bien.

—Eres muy atrevido. ¿Desde cuándo un mortal sabe lo que beneficia a los dioses? —Siguió un largo silencio—. ¿Quién te ha dejado entrar?

—Mi música me lo ha permitido. No hay otros culpables.

—Las culpabilidades se juzgan aquí. Dime lo que quieres y se lo transmitiré a mis señores cuando los vea.

—Sé que te mueve el deseo de prestarles el mejor servicio y agradezco profundamente tu mediación. —Orfeo mostraba una actitud persuasiva y humilde—. Sin embargo, se trata de un asunto muy delicado. Es preciso que se lo exponga en persona.

—Entras sin permiso en este reino prohibido a los vivos, vienes hasta el palacio de sus soberanos y pretendes hablar con ellos, tú, un simple mortal, que tarde o temprano tendrá que ser vasallo suyo por la fuerza. Tienes coraje. Ya lo has demostrado. Ahora, márchate.

La figura desapareció entre las sombras aún más espesas que proyectaban las columnas del atrio. Pese a la dureza de sus palabras, el tono de su voz había reflejado más asombro y curiosidad que enfado. Quedó Orfeo pesaroso. Había sido torpe, fatuo, demasiado impulsivo. Con su zafiedad había desperdiciado la oportunidad de atraerse el favor de esa sierva, cuya ayuda podría haber sido crucial. Se tapó el rostro con las manos. Ni siquiera sabía si Hades y Perséfone estaban en su palacio o se hallaban en otro lugar. Quizá en ese reino el tiempo transcurriese de manera distinta a la tierra. Él tenía la sensación de llevar medio día allí dentro, pero podían haber pasado meses o estaciones enteras. Todo era incierto, inseguro. Ante tan graves dudas, decidió cantar. Lo haría mientras tuviese aliento. No le quedaba ya otra arma.

Se sentó en una piedra y comenzó a tañer la cítara. Su canto límpido se propagó por el mundo subterráneo: penetraba en los oscuros pasadizos, llenaba las grutas inmensas, se expandía en las zonas de techo alto y despejado. No quedaba rincón, ni agujero, ni grieta en los que no vibrasen las cuerdas ni aquella voz apasionada. Invocaba Orfeo al señor de aquellos territorios y de todos los mortales, pues los dominaba a través de la muerte y, fenecidos ya, los acogía en su extensa mansión subterránea. Invocó también a su esposa Perséfone, de espléndida hermosura, la joven doncella cargada de frutos a quien su marido adoraba y con la que compartía su cetro.

A la explanada del palacio ante el cual cantaba Orfeo empezaron a llegar por miles las almas: grandes, pequeñas, antiguas, recientes, de contornos definidos e informes. Entre ellas, vistiendo un manto negro ribeteado de oro y ciñendo una diadema del mismo noble metal, se abrió paso, majestuosamente, el dios Hades. Subió las escaleras del atrio y, a una señal de su mano, unos siervos sacaron del palacio dos sitiales y los colocaron bajo las columnas, de cara al cantor. Mientras esto ocurría, Orfeo recitaba los gloriosos combates entre titanes y olímpicos, y celebraba la victoria de estos últimos. Hades tendió una mano hacia su izquierda y otra mano, pequeña y delicada, se posó sobre su palma. De este modo la hermosa Perséfone, cubierta con un manto tan espléndido como el de su esposo, con el rostro ya sin velar y una corona de doradas hojas de mirto en las sienes, tomó asiento en su trono.

Le temblaron las manos a Orfeo al reconocer, en el porte y la esbeltez de la diosa, la figura que había confundido antes con una sierva. Mas la benevolencia que reflejaba su rostro bellísimo le infundió ánimos. Cantó entonces, con los ojos cerrados, su primer encuentro con Eurídice, la criatura más leal y amorosa que hubiera conocido jamás. El amor por ella lo había impulsado a venir y arrojarse a los pies de tan grandes soberanos: lo que quería era pedirles su liberación. La muerte la había alcanzado demasiado pronto, pues solo contaba dieciséis años y apenas empezaba a amar y a degustar la vida. Rogaba que le concedieran un poco más de tiempo a los dos: a ella para vivir hasta su madurez y a él para prolongar su existencia, pues no regresaría al mundo de los vivos sin su esposa.

Lloraban las almas exangües; las terribles erinias vengadoras, con los cabellos enredados de víboras, se enjugaban las lágrimas; en el Tártaro rodeado de fuego, las águilas que roían el hígado a Ticio, justamente castigado por tratar de forzar a la madre de Apolo, dejaron de comer; se detuvo la rueda ardiente que giraba sin pausa, atado a la cual Ixión pagaba su osadía de querer unirse a Hera; por primera vez Sísifo se sentó sobre la piedra que estaba condenado a empujar hasta la cumbre de una montaña desde la cual volvía a caer rodando. El dios Hades había desfruncido el ceño y el brillo en los ojos de Perséfone delataba su emoción.

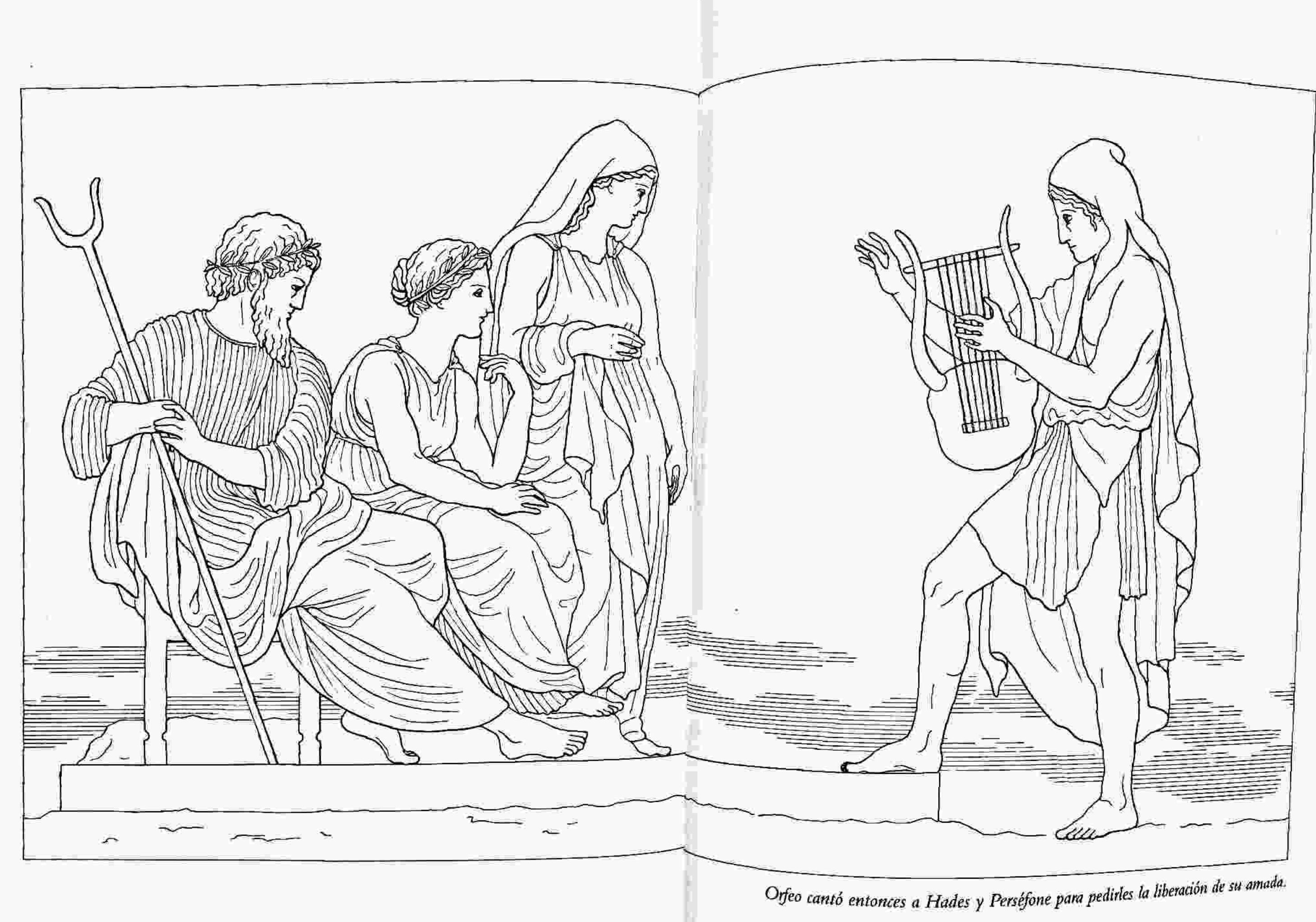
—Si no estoy confundido, también vosotros, divinos soberanos, conocéis el amor y su poder —terminaba el canto de Orfeo—, porque fue él quien os unió en matrimonio. Compadeceos, pues, de Eurídice y de mí, víctimas de su mortal veneno y su dulzura.

Un profundo silencio acogió ese final. Orfeo, con la cítara apoyada en su rodilla, había bajado la cabeza y no se atrevía a levantarla. Permanecían inmóviles las sombras a su alrededor, expectantes. Tampoco en el atrio del palacio de los soberanos había movimiento. El dios Hades reflexionaba con la barbilla apoyada sobre el puño. Perséfone volvió el rostro para mirarlo y una de sus hermosas trenzas se deslizó sobre su hombro con un destello.

—Concedámosle lo que nos pide, esposo —su voz resonó dulcísima en la gran explanada—. No merece menos quien ama tanto.

—Que hagan venir a Eurídice —fue la respuesta de Hades.

Hubo un revuelo de sombras, movimientos y ondulaciones de los espectros, conmovidos aún, curiosos a pesar de su



Orfeo cantó entonces a Hades y Perséfone para pedirles la liberación de su amada.

torpor. Por entre ellos se deslizó un alma frágil y ligera, de largos cabellos en los que aún se entrelazaban hojas marchitas. A los pies de la escalinata se inclinó ante los soberanos.

—Acércate tú también, cantor —ordenó el dios.

El músico, tembloroso y turbado por la emoción, obedeció sin apartar los ojos de Eurídice, de su cabellera, de los contornos que aún evocaban la belleza y armonía de su cuerpo. Se colocó a su lado.

—Me ha complacido tu canto y tu confianza en el poder del amor. Pediré a las moiras que vuelvan a tejer el destino de Eurídice y le concedan más tiempo de vida. —Las palabras de Hades destilaban una gran autoridad—. Sin embargo, te la devuelvo con una condición: ella seguirá tus pasos, pero no podrás volverte a mirarla hasta que hayáis abandonado mi reino.

Se retiraron los soberanos al interior del palacio y, poco a poco, las sombras se dispersaron también. Orfeo creyó enloquecer de alegría y de impaciencia, pues deseaba ardientemente abrazar a su amada, cogerla de la mano, apartarle de la frente un mechón de cabellos, mas era imposible. Sonreía Eurídice con etéreos labios, intangible su cuerpo y su alegría.

5



Despertar a otra vida

El flujo enorme de almas que acudían al valle del Leteo cruzaba el sendero que Orfeo y Eurídice debían seguir recto, entorpeciéndoles el paso.

—¿Estás ahí, querida Eurídice?

—Detrás de ti, esposo mío.

—¿Voy muy deprisa?

—Ve un poco más despacio.

Los espectros no chocaban con ellos ni entre sí, pues, careciendo de corporeidad, unos atravesaban a otros, pero movían aires y corrientes que a las almas más livianas les resultaba difícil resistir. Así, desmadejada como un jirón de niebla, avanzaba Eurídice. Hubiera deseado agarrarse de la mano de Orfeo. La aturdía el leve vapor que emanaba del río.

Llegados al arco de la puerta que comunicaba con otras partes del Hades, salieron al angosto camino que bordeaba el Tártaro. Los aullidos de Ticio, Ixión, Sísifo y de tantos otros

condenados encogieron el alma de la ninfa y esa mayor ligereza la volvió aún más vulnerable al torbellino de fuego del río Flegetonte. Como una llama en medio de un huracán, su sombra enrojecida se agitaba hacia todos lados, inasible, ardiente. A duras penas conseguía seguir a Orfeo, que corría para evitar quemarse. Agotada, pidió a su marido que se detuviese a descansar más adelante, en los campos de asfódelos.

Tembló después con los ladridos del can Cerbero. Su alma se estremecía recordando aquellas fauces más negras que cualquier caverna. Si sus garras afiladas como cuchillos le lanzaron terroríficos zarpazos cuando cruzó el umbral para entrar en el submundo, ¡cómo la atacarían ahora que pretendía salir!

—Tengo mucho miedo, esposo amado.

—Acércate a mi espalda y no temas. Contamos con el permiso de Hades. Nos queda poco ya, querida mía. —Orfeo echaba hacia atrás la cabeza todo lo posible para hablarle a su esposa, con la esperanza de que sus palabras cayeran, como la lluvia, sobre ella—. Presta mucha atención para subir al mismo tiempo que yo a la barca de... No recuerdo cómo se llama el barquero. Salta dentro sin vacilar.

Ante el rumoroso estupor de las miles de almas que llamaban desesperadamente al barquero para cruzar el fétido Aqueronte en dirección al Hades, Orfeo y Eurídice realizaron el trayecto inverso y llegaron a la fangosa orilla. Ya solo les faltaba cruzar el vestíbulo de la entrada, donde reía la Discordia y la Vejez, pálida y ojerosa, aireaba sus despojos. Para evitar que los atraparan esas u otras desgracias, debían pasar deprisa. Mediante preguntas, Orfeo se aseguraba continuamente de que Eurídice estaba a sus espaldas. Ambos temblaban por la ansiedad y por el deseo irrefrenable de abandonar cuanto

antes aquel lugar de muerte. Superaron ese último obstáculo y entraron en el camino que conducía a la luz. Al final de ese tétrico túnel se recortaba, nítida, una claridad que dibujaba el contorno de la boca de la caverna. Un poco más adelante se perfiló el inicio del sendero pedregoso y, sobre él, las sombras que arrojaban las ramas de los tejos. Orfeo echó a correr y, tras él, Eurídice. Olvidado de todo, loco de dicha, el músico cruzó el umbral y se volvió para acoger en sus brazos a su esposa.

—¡Lo hemos logrado, amada mía!

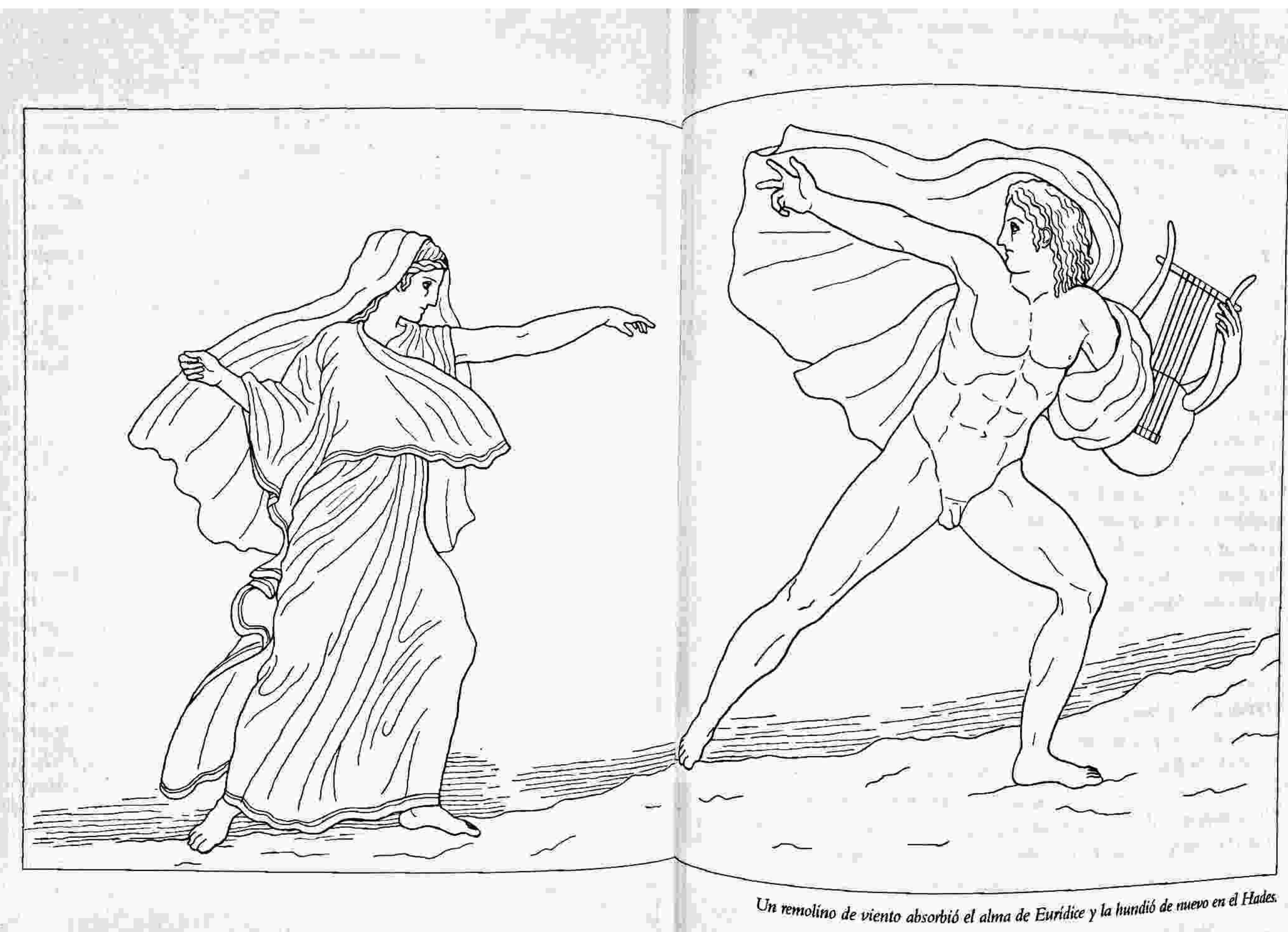
Mas Eurídice todavía estaba dentro de la gruta.

Como los vórtices que se abren de repente en el mar y arrastran a las profundidades marinas a las naves que se hallan cerca, un remolino de viento absorbió el alma de Eurídice y, con un fragor espantoso, la hundió de nuevo en el Hades. Lo último que vio Orfeo fueron sus brazos extendidos hacia él y el eco de un gemido antes de que su amada se desvaneciera igual que el reflejo en un río cuando se agita el agua.

—¡Eurídice, Eurídice! —clamaba Orfeo mientras se lanzaba en pos de ella trastornado por el dolor, desesperado, aullando más que todos los condenados del Tártaro. Casi sin aliento llegó al oscuro Aqueronte y las sombras se estremecieron al escucharlo, mas no se inmutó el barquero Caronte. Sordo a sus súplicas, inconmovible, sus manos esqueléticas hundían la percha en las aguas pestilentes y seguía transportando almas en su barca de cuero.

◇◇◇

Un fuerte aleteo rompió la blanca quietud del valle y arrancó a Orfeo de sus evocaciones. El músico levantó la vista. Se aproximaba una grulla solitaria, aturdida y sin rumbo, con el



Un remolino de viento absorbió el alma de Eurídice y la hundió de nuevo en el Hades.

gris plumaje descompuesto. Volaba a baja altura. Era un suceso insólito, pues sobre los montes Rifeos no pasaba la ruta de las aves migratorias. Lo invadió una honda emoción, quizá porque esa extraña aparición lo arrancaba de los infiernos donde se hallaba su mente sumergida, o porque le recordaba a Pieria y al río Estrimón, cuyas riberas rebosaban de aquellas ruidosas aves. Dejó a un lado la cítara y se levantó. El pájaro, agotado, se desplomó a pocos pasos de él. Su largo pico y sus ojos abiertos apuntaban a Orfeo. Un presentimiento sacudió al músico.

—¿Eres tú, amigo Mopso? —Los ojos de Orfeo brillaban mientras, arrodillado en la nieve, le levantaba la fina cabeza al ave—. ¿Has venido a traerme un mensaje? Si hubiera aprendido de ti a interpretar las señales de los dioses, sabría descifrar este vuelo tuyo, errático y fuera de ruta. ¿Me llamas para que regrese a las tierras del dios Dioniso, donde ya deben de estar tus compañeras? ¡Ay, amigo, ya no tengo un lugar en el mundo ni nada importante que hacer en él! Esperaré aquí a que me alcance la muerte.

Tras unos instantes, se acercó a un montículo y empezó a cavar un hoyo con las manos. Las zarpas del tigre escarbaron también; los lobos apartaban la nieve con los hocicos. Se había reanudado la ventisca. El cielo, gris y pesado, parecía a punto de desplomarse sobre sus cabezas. Solo el agujero, a cuyo fondo llegaban los jadeos de las fieras, parecía tener alguna vida. Cuanto más fuerte era su dolor, con más ahínco clavaba Orfeo los dedos en el suelo. De qué le servían ya. Haría mejor en hundir la cabeza en aquella oquedad blanca y cerrar para siempre los ojos. El tigre se detuvo y levantó la testa. Sus ojos eran apenas una línea de color ámbar. Enseñó los colmillos con un rugido. Orfeo se volvió a mirar.

A través de la borrasca intuyó una figura, un bulto que parecía humano y avanzaba hundiéndose hasta las rodillas en la nieve. Pensó que sería un escita, un cazador al que el temporal habría sorprendido fuera de su casa. Se puso de pie y con un gesto contuvo a los animales para que permanecieran quietos. No quería asustarlo. El hombre se había derrumbado cuando el músico llegó a su altura. Le levantó la cabeza, embutida en un gorro de pieles, y le sacudió con los dedos el hielo acumulado en las cejas, en las pestañas, en las barbas.

—¿La has visto? —El extraño levantaba la mano hacia el cielo y su voz era poco más que un hilo.

—No he visto a nadie. Vamos, levántate, no puedes quedarte aquí. —Se colocó a su espalda, le pasó las manos por debajo de los hombros y tiró de él hasta que logró sentarlo—. Mi refugio está cerca.

Lo condujo hasta una roca en la cual se abría un agujero por el que era imposible pasar sin agacharse. Un estrecho y largo pasillo penetraba recto, doblaba a la izquierda formando un codo y desembocaba en una cueva con forma de gota de agua: ancha en el suelo, las paredes se redondeaban por los lados y se estrechaban en el centro hasta perderse de vista. Leña apilada, pieles curtidas y algunos cuencos de barro constituían su ajuar. El ambiente estaba caldeado. Un montón de brasas en el hogar, delimitado por piedras, daban calor y una luz rojiza a la cueva. Mientras Orfeo echaba agua en un caldero y añadía raíces y algunos tubérculos, regalo de las mujeres escitas, el desconocido, sentado sobre un montón de paja, no dejaba de hablar pese a su cansancio. Daba las gracias a su salvador y le preguntaba si tardaría mucho en cocerse aquel caldo, necesitaba un buen tazón.

Le dijo que luego continuaría su camino, que no podía demorarse porque tenía entre manos un asunto importante: perseguía a una grulla.

El músico apartó la mirada del puchero y lo observó con asombro. Despojado de las pieles que lo abrigaban, el recién llegado resultó ser un varón menudo y de mediana edad, cuyas manos encallecidas delataban largas jornadas de labor en los campos.

—¿Persigues a una grulla? —preguntó—. Una de esas aves ha caído muerta aquí. Parecía extraviada.

—Ahora todo está perdido —rompió en llanto y lamentos el extraño—. Tendré que volver a casa con las manos vacías, sin esperanza. ¿Qué explicación le daré a mi madre, que ha puesto toda su confianza en mí? Es una anciana al borde de la muerte y muy testaruda —explicó—. Oyó decir que un hombre ha regresado del reino de Hades y está empeñada en hablar con él. Quiere que le explique cómo es el inframundo y lo que debe hacer para no perderse cuando descienda ella misma a ese reino de sombras.

—¿Y la grulla?

—Está muerta, me has dicho. ¡Qué desgracia! —El desconocido volvió a proferir una sarta de lamentaciones, mezcladas con lágrimas que se enjugaba de vez en cuando con los dedos—. Un mago que vive cerca de nuestra aldea hizo un hechizo para que ese ave me guiara hasta el hombre. Ahora está todo perdido.

Orfeo removió el caldo, ensimismado. Sus ojos quedaron fijos en el humo que salía del caldero y se perdía en los pliegues y rugosidades de la gruta. En aquellos movimientos sinuosos y sutiles veía las facciones desdibujadas de Eurídice, su alma

tierna y vaporosa. Pudo haber vuelto a la vida. Él la mató otra vez. A todas horas se torturaba pensando en cuál había sido su error: si se volvió antes de tiempo por precipitación o porque se le olvidó la condición impuesta por el dios Hades. ¡Debió haber bebido de la fuente Mnemósine como le había aconsejado Pilias, un alma lúcida! Mil veces rememoraba el encuentro con su maestro, sus palabras, su vocación de guiar por los infiernos a las nuevas almas. En cambio él, como un ignorante, había desaprovechado su viaje al Hades. De tales recriminaciones lo sacó el lengüetazo áspero de uno de los lobos. Había entrado con sigilo y estaba de pie, a su lado, mirándolo fijamente. Algo, en los ojos del animal, lo sacudió.

Salió del refugio y las fieras, que lo esperaban en la puerta, corrieron tras él hasta el lugar donde habían abierto el agujero. Con manos y zarpas lo vaciaron furiosamente de la nieve que había caído entretanto. El desconocido fue tras ellos. Quedó atónito al ver que su salvador se apartaba a cierta distancia, sacaba un bulto de la nieve y, llevándolo en brazos, lo depositaba en la pequeña fosa. Era la grulla. Orfeo la colocó con cuidado como si la devolviese al huevo del cual había nacido.

—Adiós, amigo Mopso —murmuró—. Ahora sé cuál era tu mensaje.

Cubrieron la fosa. Orfeo volvió a su refugio y regresó con la cítara. Cantó un himno al amor y a la amistad, a los dioses infernales y a Dioniso, que iluminaba su corazón y le mostraba el camino que debía seguir. Al sonido de su voz, cesó la tempestad, se desvanecieron los nubarrones y bajo ellos apareció, límpida, la cúpula celeste en la que brillaba la primera estrella.

—¿Dónde vives? —La pregunta sorprendió a su visitante, de pie junto a él al borde de la tumba.

—En una aldea de los montes Ródope.

—Los conozco. Pasé parte de mi juventud en los bosques del monte Pangeo. —Orfeo y sus acompañantes caminaban hacia el refugio—. Mañana regresarás a tu casa y le dirás a tu madre que iré a verla.

◇◇◇

Las corrientes rumorosas del Estrimón, del río Nesto y del Hebro fluían entre colinas, encajonados valles y gargantas, altos desniveles y faldas de poco declive en los extensos montes Ródope, a cuyos pies, por el sur, habitaban pueblos diversos: piéridas, cicones, bistones y otras tribus tracias. Todos ellos los recorrió Orfeo durante los tres años siguientes. Sus cantos, tan cristalinos como el agua de los ríos y más potentes, proclamaban el nombre de Eurídice de septentrión a mediodía y de oriente a poniente por toda la cordillera. Si ya su fama de músico prodigioso se había extendido por Tracia y por la Hélade antes de embarcarse en el Argo, al retornar de los montes Rifeos esta aún creció más. El nombre del antiguo sacerdote de los cicones, único heredero del rey Eagro de Pieria, corría de boca en boca, de aldea en aldea, como el de un héroe, el mortal que había osado disputar una presa a la muerte, el valiente que regresó de los infiernos con vida y no por azar, sino por concesión del propio dios Hades y su esposa Perséfone gracias al hechizo de su música. Muchas personas ansiaban aprender de él, saber cómo era el mundo de los muertos y si era cierto que las sombras de los difuntos regresaban a la tierra bajo apariencias distintas.

—¿Alguno de vosotros ha salido al campo un día nublado? —respondía a quienes acudían a preguntarle y se sentaban en el suelo a su alrededor. Todos afirmaban con la cabeza—. ¿Y habéis visto la sombra de los árboles, o vuestra propia sombra en el suelo? No la veis porque la sombra no es nada: el reflejo de un cuerpo cuando le da la luz. No existen las sombras de los muertos. Estábamos muy equivocados al creerlo así hasta ahora. En el inframundo no hay sombras, sino almas.

Entonces, templaba las cuerdas de la cítara y cantaba con voz profunda, honda. Llamaba a los ruiseñores, al multicolor jilguero y a los pinzones; convocaba a las ardillas, a los osos y a las cabras que saltaban de roca en roca por las cumbres, a los molestos tábanos y a las avispas que acuden tanto al agua como al dulzor de las uvas. Congregada la muchedumbre de animales e insectos, tan numerosa como la de sus seguidores, les preguntaba, con el canto, si en otra vida habían sido doncellas, combatientes en guerras lejanas, jóvenes viudas o pastores. Quizá habían sido todo eso pero les era imposible recordarlo, pues antes de penetrar en los cuerpos en los que ahora habitaban, sus almas habrían bebido las aguas del olvido en el infernal río Leteo. Cuando hubiera terminado el tiempo concedido a su aliento vital, las almas que les insuflaban vida, movimiento y deseos, retornarían al Hades. Si no se habían purificado por completo, aún habrían de peregrinar de un ser vivo a otro, y luego a otro y a otro.

—Los seres humanos —explicaba al concluir su canto— estamos compuestos de un cuerpo y un alma. El cuerpo muere y se corrompe, desaparece. En cambio, el alma es inmortal, perdura más allá de la muerte.

De nuevo tañía la cítara y sus oyentes lloraban al escucharlo entonar un canto maravilloso que describía su dolor por la pérdida de su esposa, su ansia por liberarse de la cárcel que era su cuerpo a fin de unirse para siempre con su amada.

—Tan inmortal como las almas es mi amor por Eurídice —concluía.

Su mirada, llena de nostalgia, se perdía en las cumbres blanqueadas por la nieve mientras los asistentes, conmovidos aún, se resistían a marcharse. Los jóvenes, atraídos por sus ideas y su forma de vida, pedían a Orfeo que los iniciara en los nuevos ritos mistéricos, cuya práctica se había difundido por los montes Ródope. Había ocurrido que, al conocerse su regreso, los ancianos de las diversas aldeas le habían solicitado que dirigiese los ritos de Dioniso, pues les constaba que había sido instruido en ellos por su padre, el rey Eagro de Pieria.

—Ya no practico aquellos rituales antiguos —respondía el músico a quienes venían a pedírselo—. He descendido a los infiernos y he aprendido de esa experiencia. Los he reformado.

—¿Quieres decir que ahora enseñas cómo es la vida después de la muerte?

—Enseño qué debe hacer un alma cuando llega al reino de los muertos y, sobre todo, cómo los hombres pueden purificar su alma. Quienes estén dispuestos a no derramar sangre de animales ni de humanos y a no tener contacto sexual con las mujeres, que vengan a mí y los iniciaré en los nuevos misterios.

La cabellera negra y brillante de Orfeo, su juventud, su alta estatura y su viudez inconsolable, además del prodigio maravilloso de su canto, inspiraban en las muchachas jóvenes el deseo de amarlo, de cuidar de él, de devolver a sus ojos la alegría que debió de tener en los brazos de Eurídice. Mas pronto esos sentimientos se convirtieron en despecho en aquellas que se ofrecieron a él y recibieron un rechazo firme. Si el citaredo no se entregaba a los placeres del amor y además se los prohibía a los otros hombres, ¿qué sería de ellas? ¿Habrían de sobrevivir sin maridos, sin hijos? Muchos jóvenes rechazaban el matrimonio; los iniciados que se negaban a cumplir sus deberes conyugales provocaban la desdicha y la cólera de sus esposas. Algunas empezaron a odiarlo. ¡Ojalá se cumplieran los deseos del músico y se hundiera pronto y bien hondo en el Hades!

◇◇◇

El día de su muerte, Orfeo se dirigía hacia una aldea ciconia situada en las riberas del río Hebro, una de las primeras que había visitado al volver de su infierno de nieve. Tenía allí muchos adeptos, antiguos conocidos suyos. Se detuvo a las afueras, en un prado de grama que se cubría de flores bajo un sol primaveral. A su alrededor se acomodaron los animales, las aves y las serpientes que lo venían siguiendo. Pulsó él las cuerdas de la lira y a su dulce reclamo acudieron a darle sombra hayas, laureles y una carrasca de altas ramas; lo flanquearon tres fresnos, un avellano y un abeto y se entristeció al ver asentarse a su lado un sauce, hermoso como aquel bajo cuyas ramas se había unido en matrimonio a Eurídice. Las hojas temblaban y su rumor acompañaba la melodía y el dolor de Orfeo.

—¡Eurídice! ¡Eurídice! —No acertaba a pronunciar otras palabras, ahogado en su aflicción. Le faltaban descripciones

nuevas para expresar su amor y, en cambio, acudía a su recuerdo la última vez que la vio: sus manos tendidas hacia él reclamando ayuda, sus ojos teñidos de asombro e impotencia. Le había fallado él, que era capaz de conmover a las piedras y moverlas de sitio, de cambiar el curso de las aguas, de amansar a las fieras y de aquietar a los hombres. Ciego de amor, pero también envanecido por su prodigiosa música, creyó haber vencido a la muerte.

Sus dolorosos quejidos alcanzaron una loma boscosa cercana al prado. En su cima, una cabeza desgreñada, coronada de hiedra, se asomó entre la maleza y los troncos de los pinos negros. Sus ojos achicados por el vino, enrojecidos y turbios, se clavaron en el músico y lo reconocieron como su mayor enemigo. La mujer volvió la cabeza hacia el bosque, se colocó un dedo sobre los labios y con la otra mano hizo una señal a sus compañeras ménades para que se acercasen.

—Es el hombre que arranca a los maridos de nuestros tálamos y profana los ritos de Dioniso —con el índice huesudo señalaba hacia el prado, apretando los dientes.

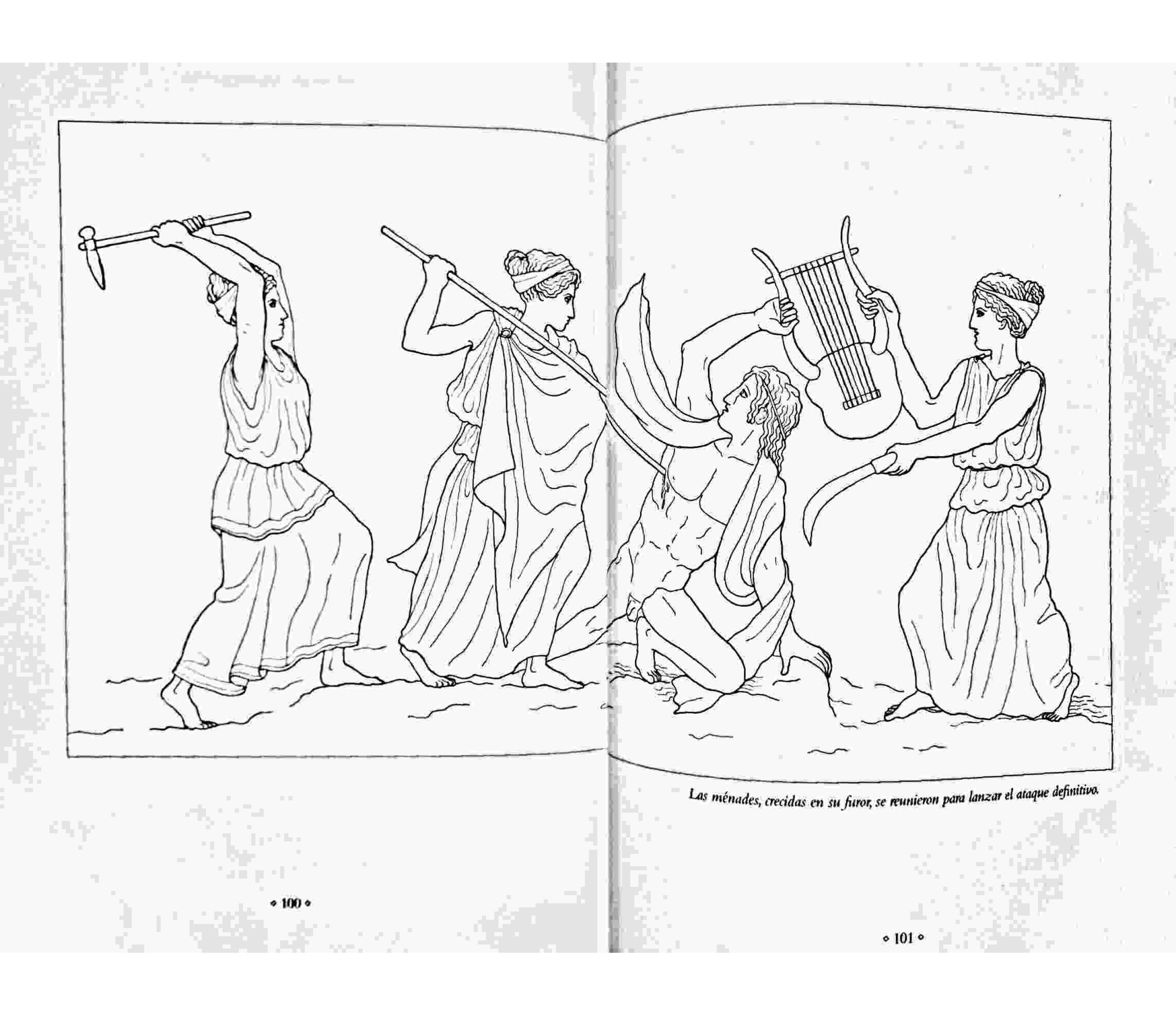
—¿Y a qué espera nuestra cólera? —respondió otra, estrellando contra el suelo su copa de vino tantas veces vaciada. Salió de la espesura, hinchó el pecho cubierto por una piel de lince y, levantando su tirso adornado de hiedra y piñas, lo arrojó contra Orfeo como si fuera una lanza. Vibró el largo bastón en el aire pero, cuando estaba a punto de alcanzar su objetivo, la música de Orfeo le restó fuerza y, sin llegar a tocarlo, cayó a sus pies. Lo mismo ocurrió con las piedras que las demás lanzaron: perdían impulso y descendían inofensivas como copos de nieve.

Mas ya la furia dionisíaca, desatada por el vino y las danzas salvajes, había prendido en las mujeres de los cicones, seguidoras del dios. Con griterío infernal, al son de los tímpanos y las flautas de cuerno, de los aplausos, los ensordecedores panderos, los aullidos de la furia y de la ebria locura, las ménades se lanzaron cuesta abajo hacia el prado y su estruendo se fue imponiendo sobre los acordes de la cítara y el canto de Orfeo y le restó su poder prodigioso. Mientras unas se llevaban detrás, consigo, a los animales que lo acompañaban, las otras manchaban la grama con la primera sangre arrojándole al músico piedras, tirsos y ramas arrancadas a los árboles.

Al oír semejantes rugidos, un viejo campesino y varios mocetones que labraban unas tierras próximas ayudándose de una pareja de bueyes soltaron sus aperos y huyeron a todo correr. Las ménades, crecidas en su furor, se precipitaron al campo, espantaron a los toros y se apropiaron de los rastrillos, azadas, horcas, palas y todo instrumento útil para herir y, como una bandada de buitres atraída por la sangre, se reunieron para lanzar el ataque definitivo. De nada le sirvieron a Orfeo su voz persuasiva ni la belleza de su canto, pues una y otra vez se abatieron sobre él los filos de las herramientas inventadas por el hombre no para matar, sino para laborar el fruto a la tierra.

—¡Eurídice! ¡Eurídice! —cantaba con un hilo de voz la cabeza de Orfeo cercenada del cuerpo.

Lloraban las flores sobre las cuales se derramó su sangre y los árboles en cuyas ramas se enganchaban los trozos desmembrados del cantor prodigioso, lanzados salvajemente por el aire. Se dolía la tierra al recibir las manos amputadas que no volverían a tañer la lira.



Las ménades, crecidas en su furor, se reunieron para lanzar el ataque definitivo.

En funesto y ruidoso cortejo, las enfurecidas vengadoras agarraron de los cabellos la cabeza de Orfeo y su lira y las arrojaron a la corriente del Hebro. Las aguas del deshielo arrastraron el despojo y arrancaron del instrumento sonidos armoniosos mientras la boca exánime de Orfeo no callaba.

—¡Eurídice! ¡Ay, Eurídice!

Para disfrutar más de su triunfo, las ménades pretendieron seguirlos corriente abajo pero no consiguieron levantar los pies del suelo. Bracearon. Se revolvieron con desesperación para soltarse. Pero gruesas raíces surgidas de sus plantas penetraban en la tierra. Sus piernas desnudas y sus bustos eran ya troncos leñosos cuando los brazos empezaron a convertirse en ramas retorcidas y se erizaban en agujas de pino sus cabellos hirsutos.

◇◇◇

Al valle de Tempe no parecía llegar la primavera. Languidecían los árboles sin esperanza de frutos, ni una sola flor sonreía en los prados, el río Peneo, desalentado por la tristeza de sus riberas antaño alegres y exuberantes de vegetación, callaba. Las ropas de Aristeo, raídas y desgarradas en los bordes, eran propias de un vagabundo y no de un hijo de Apolo. Nada fructificaba ni se reproducía sin sus abejas. Cabizbajo, todas las mañanas acudía a sus viñas con la esperanza de oírlas zumbar en torno a los racimos florecidos, volvía a sus colmenas y aplicaba el oído por si le llegaba algún rumor de vida. A su paso, las hamadríades le daban la espalda. Pastores y animales huían de él, como de un apestado.

Calíope contempló esta desolación desde el aire. Regresaba con sus hermanas de recoger los restos despedazados de

Orfeo en Tracia y en la isla de Lesbos, a cuyas playas el mar había arrastrado la cabeza y la lira de su desdichado hijo. Se dirigía a Libetra, donde pensaba darles sepultura y, después, subir al palacio de Zeus, en el Olimpo, para dolerse por la pérdida de su primogénito y solicitar para su lira un lugar en el cielo. Urania había estudiado su extenso manto azul oscuro con el plano de la cúpula celeste y había marcado ya, con unas puntadas de hilo de plata, el puesto exacto en el que iba a colocarla. El desastre que se había abatido sobre el Tempe conmovió el corazón de Calíope. Aquel era el valle de Orfeo y Eurídice y, ahora que ambos estaban muertos, debería resplandecer como una gema por haber albergado el más tierno e inmenso amor que hubiera conocido el mundo.

Habló de ello con Apolo y este con la ninfa Cirene, madre de Aristeo, quien a su vez instó a su hijo a reparar la grave ofensa que había infligido a las hamadríades y también a Orfeo, la muerte de cuya esposa era la causa de que sus colmenas hubieran sufrido tan terrible estrago y de que la ruina se hubiera abatido sobre él mismo y sobre todo el valle.

—Elije cuatro toros y cuatro novillas que no conozcan el yugo —le aconsejó Cirene—, prepara cuatro altares y sacrifícalos a las ninfas compañeras de Eurídice. Abandona sus cuerpos enteros en la espesura del bosque. Vuelve a mí, hijo, dentro de ocho días.

Así lo hizo Aristeo y volvió, en el plazo previsto, a preguntar a su madre.

—Mañana, al despuntar el alba, haz una ofrenda de adormideras del Leteo a Orfeo. Inmola una cordera negra, vuelve al bosque y, para restablecer la honra de Eurídice, sacrifica

una novilla. Si tus ofrendas son aceptadas, brotarán abejas de las pútridas carnes de los bovinos sacrificados y formarán nuevos enjambres.

◇◇◇

Danzaba Eurídice en un prado cuajado de violetas silvestres y de iris. Sus pies delicados no pisaban la hierba y con el movimiento de las manos y los brazos removía un aire con aroma de rosas que se expandía por los campos Elíseos, el lugar donde residían las almas nobles. Orfeo la contemplaba con ojos amorosos mientras tañía la cítara y cantaba una alegre canción de primavera. Poco después llegó a los oídos y al olfato de ambos la súplica de Aristeo y los sacrificios que acababa de realizar para desagraviarlos. Los esposos se miraron, sonrientes, y se dieron por satisfechos. Con su canto convocó Orfeo a las lluvias que hacen germinar la tierra, a las flores con los vientres preparados para engendrar un fruto. Tendió luego una mano hacia Eurídice y juntos entonaron una dulcísima melodía para llamar, a la vida y a sus labores, a las abejas.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

En la Antigüedad, pocos eran los que dudaban de la existencia real de Orfeo, el músico capaz de emocionar con su arte a los seres animados e inanimados, pero también el impulsor de un culto mistérico que alentaba la esperanza de una vida más allá de la muerte. Convertido en símbolo del amante fiel, ha inspirado todo tipo de obras artísticas, literarias y musicales.

Músico sublime que, gracias a su canto y a los acordes que extrae de su lira, es capaz de encantar no solo a los seres humanos, por más duro que sea su corazón, sino también a los animales salvajes, los árboles, las rocas, los ríos y los elementos de la naturaleza, e incluso a las divinidades que reinan en el inframundo, Orfeo es una de las figuras más fascinantes de la antigua mitología griega y una de las más complejas, sobre todo por lo que atañe a sus orígenes y al culto de tipo esotérico que se fraguó en torno a él.

La etimología del nombre dista mucho de aportar luz sobre el personaje. Según una interpretación, Orfeo deriva de la voz griega *órphen*, que significa «oscuridad», lo que no deja de sorprender en un músico cuyo canto es capaz de iluminar las tinieblas del alma de quienes lo escuchan. Otra posibilidad es la que relaciona el nombre con el término *ophreus*, que bien podría traducirse como «el ceñudo», en el sentido de «triste», más acorde con el

carácter del personaje, al menos desde que pierde a Eurídice. Pero aún hay otra etimología que, desde que surgió a finales de la época imperial romana, conoció una amplia difusión, a pesar de su escaso rigor filológico. Su impulsor fue el gramático latino del siglo V d. C. Fabio Planciades Fulgencio, quien sostenía que Orfeo venía de *oreafone*, esto es, «la mejor voz», lo que lo llevaba a concluir que el mito no es sino una alegoría del poder mágico y civilizador del arte musical.

En lo que sí coinciden las fuentes es en señalar que Orfeo no era griego, sino que pertenecía al pueblo de los tracios, «el más grande de todos después de los indios», en palabras del considerado padre de la historia, Heródoto (484-425 a. C.). De este modo, el cantor queda unido al también tracio Dioniso, el dios del vino, la intoxicación y la desmesura, antítesis de Apolo, quien, no obstante, comparte con Orfeo su amor por la música y su cercanía a las musas. Incluso, según la *Biblioteca mitológica* atribuida erróneamente a Apolodoro de Atenas (siglo II a. C.), los hay que apuntan que Orfeo no fue hijo de Eagro, sino del propio Apolo, quien lo tuvo con la musa de la poesía épica y la elocuencia, Calíope, lo que, por otro lado, no impide la cercanía de los misterios órficos a Dioniso.

La cuestión se complica todavía más si se tienen en cuenta los testimonios de la Antigüedad que hablan de la existencia real de Orfeo. El filósofo Platón (427-347 a. C.), por ejemplo, recurre con cierta frecuencia en sus diálogos a la autoridad del cantor sobre ciertas materias, mientras que el historiador y biógrafo Plutarco (45-120 d. C.) hizo del tracio el primer músico, poeta y filósofo, anterior por tanto a Homero, Hesíodo o Parménides. La referencia más interesante al respecto se encuentra en el geógrafo Estrabón (63-24 a. C.), quien dice en su *Geografía*: «Bajo el Olimpo está la ciudad de Dio. Cerca tiene una aldea,

Los misterios órficos

Orfeo no es el único personaje de la mitología en realizar una catábasis o descenso al reino de los muertos: héroes como Hércules, Ulises y Eneas hicieron también ese mismo viaje. No obstante, el tracio se distingue porque, a su regreso al mundo de los vivos, aprovechó lo visto para establecer una serie de comportamientos y ritos que permitieran a los hombres purificar su alma y librarla de lo que podría considerarse cierto «pecado original»: el de la muerte de un Dioniso aún niño a manos de los titanes, quienes habrían devorado sus restos para, acto seguido, ser fulminados por el rayo de Zeus. Los hombres, como seres formados de la tierra y las cenizas de esos sacrílegos titanes, deben, según Orfeo, expiar su parte de culpa. Surgió así el orfismo, doctrina nada fácil de especificar, por un lado por su carácter esotérico y mistérico, por otro porque los testimonios que nos han llegado de ella son de fecha muy tardía, del siglo III a. C. en adelante. Sí se sabe que sus adeptos debían practicar una vida ascética, definida por una alimentación frugal y vegetariana, restricciones en las relaciones sexuales, austeridad en el vestir, así como penitencia y rechazo de la violencia, lo que suponía rechazar todo sacrificio. Obrando así, el alma del iniciado podría librarse de la prisión del cuerpo y fundirse con el mundo divino del que procede. Esta esperanza de una vida después de la muerte diferente a la del Hades hizo que el orfismo conociera una amplia difusión y que, incluso, llegara a influir en el cristianismo primitivo.

Pimplea. Se dice que allí vivió Orfeo de Ciconia, un pobre adivino que al principio se ganaba la vida con la música, a la vez que con su arte mántica y con la celebración de misterios relacionados con ritos de iniciación». ¿Existió, pues, realmente Orfeo? Hoy algunos estudiosos defienden que hacia el 1500 a.C., en plena Edad de Bronce, pudo haber vivido un cantor, profeta y chamán que, tras sufrir una muerte violenta, habría sido, si no divinizado, sí al menos convertido en figura de culto. Es una posibilidad. De lo que no hay duda, en cambio, es de la repercusión de su mito en las artes.

EL MITO EN LA ANTIGÜEDAD

Fuera de alguna mención ocasional, como la del poeta griego Píndaro (518-438 a.C.), quien en su *Pítica* IV llamaba a Orfeo «el tañedor de la lira, el padre de los cantos», la irrupción del tracio en la literatura se da en las *Argonáuticas*, el poema épico de Apolonio de Rodas (295-215 a.C.) que narra la expedición del héroe Jasón a la Cólquide para conquistar el vellocino de oro. Orfeo cumple un papel importante en el éxito de la empresa cuando su canto se impone al de las sirenas y salva así a sus compañeros de la perdición. Sobre el mismo tema, pero muy posterior (data del siglo IV d.C.), es otro poema, *Argonáuticas órficas*, narrado en primera persona por Orfeo, quien se otorga un papel aún más decisivo en la expedición. En esta versión, es el propio Jasón quien va a buscarlo, dado que, según le explica, sus compañeros «no tienen la intención de navegar hacia unas tribus bárbaras sin ti; pues, sin duda, tú, sin compañía, te has acercado a las sombrías tinieblas, a las profundidades más extremas, al fondo de la tierra llana y has encontrado el camino de regreso».

El mito de Orfeo adquirió un impulso nuevo en la literatura latina gracias a los poetas Virgilio (70-19 a.C.) y Ovidio (43 a.C.-17 d.C.). Fue entonces cuando apareció tratado con detalle el episodio del descenso a los infiernos en busca de Eurídice, que tan amplia repercusión tuvo después en las letras, el arte y la música. El primero lo abordó en sus *Geórgicas*, un poema didáctico sobre la relación del hombre con la naturaleza. El libro IV, dedicado a la cría de abejas, presenta a Aristeo, el primero en domesticar a ese insecto, quien se ganó la cólera de los dioses por haber sido el causante de la muerte de Eurídice. El tono contenido con que el poeta recrea el dolor de Orfeo, su descenso al reino de Hades y su propia muerte se tiñe de colores más vivos y dramáticos en la versión que Ovidio da en su poema *Metamorfosis*, sobre todo cuando evoca el poder del canto del tracio y su triste fin a manos de las mujeres ciconas. La muerte, sin embargo, permite que Orfeo se reencuentre con Eurídice: «Allí unas veces se pasean los dos juntos, lado a lado, otras veces ella va delante y él la sigue, otras él la precede, y ya sin temor Orfeo se vuelve a mirar a su Eurídice».

EL POETA DESVENTURADO

La figura del cantor tracio conoció un nuevo impulso a partir del Renacimiento, cuando se convirtió en sinónimo del poeta desventurado gracias al drama *La fábula de Orfeo* del humanista italiano Angelo Poliziano (1454-1494): «¿Qué canto podrá nunca igualar el dolor de mi gran desgracia?», se lamenta Orfeo en él. La influencia que esta obra tuvo en la literatura posterior sobre el personaje fue decisiva. Un ejemplo de ello es el *Orfeo* del español Juan de Jáuregui (1583-1641), un poema que a la calidad particularmente

expresiva de sus versos une la fuerza de sus imágenes pictóricas y musicales, sobre todo cuando han de describir la lóbrega oscuridad del infierno o evocar el sublime canto del protagonista. En la misma época, Félix Lope de Vega (1562-1635) prefirió dar a la historia un tono más moral y convertirla en una defensa de la institución del matrimonio. En la comedia *El marido más firme*, Orfeo es un personaje que pasa del desprecio del amor carnal a ser el esposo capaz de bajar al mismísimo infierno para recuperar a su esposa, aunque por su impaciencia acabe perdiéndola para siempre y, con ella, la razón. Se cumple así el oráculo que la diosa Afrodita había hecho a Eurídice de que su matrimonio sería «breve, gustoso, perdido».

La literatura posterior, no obstante, siguió ahondando en Orfeo como encarnación del artista, un ser que vive solo en un mundo que no le entiende. Ese es el cantor que hicieron suyo poetas románticos como el alemán Novalis (1772-1801) y el inglés Percy Bysshe Shelley (1792-1822). Ya en el siglo xx, a ellos se sumó Rainer Maria Rilke (1875-1926) con su poemario *Sonetos a Orfeo*, escrito en memoria de una bailarina fallecida, como Eurídice, prematuramente. Sus versos celebran la unión de lo divino y lo humano, de la vida y la muerte, siendo el cantor tracio la imagen perfecta de la metamorfosis entre un elemento y otro: «Porque eso es Orfeo: su metamorfosis en esto y en aquello. No debemos buscar tras otros nombres».

En 1957, el estadounidense Tennessee Williams (1911-1983) escribió el drama *Orfeo desciende*, una adaptación muy libre del mito que sitúa la acción en un pueblo del profundo sur de Estados Unidos. Su protagonista es un músico que solo cree en su guitarra, pero que desea dar un sentido a su vida, redimirse y encontrar la pureza, para al final morir linchado por una turba salvaje.

EL MITO EN IMÁGENES

Desde la Antigüedad los artistas no han dejado ningún episodio del mito de Orfeo sin representar. De entonces data un *stamnos* (vasija con asas para conservar el vino) de figuras rojas del siglo v a.C. (Museo del Louvre de París) que representa al héroe en el momento en que es asesinado por las ménades. Ya en Roma, el motivo del cantor al que se acercan todo tipo de animales gozó de gran popularidad, como prueban los mosaicos que se han hallado en localidades como la francesa Arlés, la italiana Palermo o la española Zaragoza. Un bajorrelieve en mármol, probablemente copia de un original griego del siglo v a.C. (Museo Arqueológico Nacional de Nápoles) representa a Orfeo, a Eurídice y al dios Hermes, que participa en algunas versiones del mito, en el momento en que el tracio levanta el velo que esconde el rostro de su esposa y vuelve a perderla.

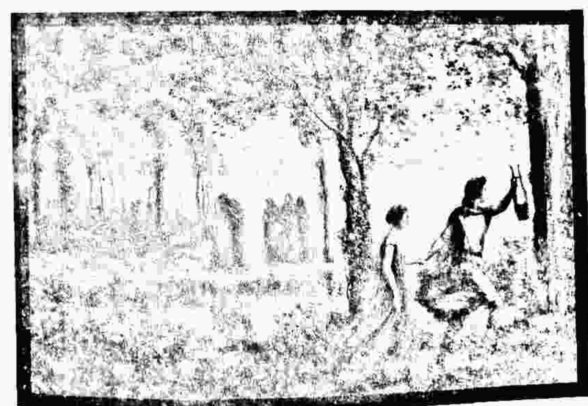


Este bajorrelieve del Museo Arqueológico Nacional de Nápoles muestra, de izquierda a derecha, al dios Hermes, Eurídice y Orfeo, este en el momento de descubrir el rostro de su esposa. Se trata de una copia romana de una obra atribuida a Alcámenes, un discípulo de Fidias que destacó en la Atenas del siglo v a.C. por la delicadeza de sus creaciones.

Uno de los motivos preferidos por los artistas desde el Renacimiento ha sido el del trágico amor del tracio. Si el italiano Niccolò dell'Abbate (1509-1571) enmarcó sus episodios en un paisaje fantasioso, el francés Nicolas Poussin (1594-1665) prefirió huir de toda violencia para recrear una escena pastoril en una naturaleza dominada por la armonía. La luminosidad de estas dos telas contrasta con el tono oscuro, casi dantesco, del *Orfeo y Eurídice* de Tiziano (h. 1480-1576), en cuyo primer plano se ve a la joven en el momento en que es mordida por el áspid. El flamenco Erasmus Quellinus el Joven (1607-1678) pintó esa misma escena, pero añadiendo a ella la figura de Orfeo, que llega a sostener el cuerpo ya sin vida de su esposa antes de que caiga al suelo. Si el descenso a los infiernos fue pintado por el holandés Gérard de Lairesse (1641-1711), la salida del mismo con Eurídice inspiró al flamenco Peter Paul Rubens (1577-1640) una pintura en la que aparecen retratados también Hades y Perséfone. Este motivo fue uno de los más frecuentados en el Romanticismo, época en la que el francés Camille Corot (1796-1875) pintó su *Orfeo conduciendo a Eurídice fuera del infierno*, obra que seduce por su poético paisaje. En cuanto a la muerte del cantor, fue tratada, entre otros, por el italiano Gregorio Lazzarini (1655-1730) en una pintura dominada por el dinamismo, y por el suizo Félix Vallotton (1865-1925), con un enfoque más estilizado. Más allá fue el inglés John William Waterhouse (1849-1917) con *Ninfas encuentran la cabeza de Orfeo*, y aún más el francés Gustave Moreau (1826-1898) con su *Joven tracia llevando la cabeza de Orfeo*. La calidez enamorada con que la muchacha mira la cabeza, unida al talento de este pintor para evocar paisajes que parecen sacados de un sueño, hacen que esta obra resulte tan sensual como perturbadora. En escultura, destaca el *Orfeo y Eurídice* del también francés Auguste Rodin (1840-1917), que representa a la pareja saliendo del infierno.



En la parte superior, La muerte de Eurídice *(Museo del Prado de Madrid), óleo en el que Quellinus el Joven consigue captar el dramatismo de la escena gracias al movimiento de las figuras y, sobre todo, al contraste del color de ambas, de una palidez mortal la de ella. Abajo,* Orfeo conduciendo a Eurídice fuera del infierno *(Museo de Bellas Artes de Houston), pintura de Corot que destaca por su delicadeza y el protagonismo que en ella adquiere el paisaje.*



UN MÚSICO ENTRE COMPOSITORES

La figura del músico por excelencia de la mitología griega ha inspirado a todo tipo de compositores. Solo en el género operístico resulta incontable el número de partituras que protagoniza desde la primera ópera que ha llegado hasta nosotros, la *Eurídice* del italiano Jacopo Peri (1561-1633), hasta la experimental *Begehren* del suizo Beat Furrer (n. 1954), pasando por el *Orfeo* del italiano Luigi Rossi (1598-1653) o el del alemán Georg Philipp Telemann (1681-1767), *El alma del filósofo* de Franz Joseph Haydn (1732-1809) o, ya en la modernidad, el *Orfeo 53* de Pierre Henry (n. 1927) y Pierre Schaeffer (1910-1995), *La máscara de Orfeo* del británico Harrison Birtwistle (n. 1934) y el *Orfeo* del estadounidense Philip Glass (n. 1937). No obstante, hay tres obras que destacan con luz propia sobre el resto. La primera de ellas es *La fábula de Orfeo*, del italiano Claudio Monteverdi (1567-1643), que si bien estrictamente hablando no es la primera ópera sobre este tema (se estrenó en Mantua en 1607, siete años después que la *Eurídice* de Peri), sí puede considerarse la primera obra maestra. El cantor tracio fue también el escogido por Christoph Willibald Gluck (1714-1787) para una obra, *Orfeo y Eurídice*, con la que se propuso reformar el género y liberarlo de los vicios de su tiempo, en especial la dictadura de los cantantes que habían hecho de cada ópera una mera colección de arias de lucimiento. Diametralmente opuesta en cuanto a carácter es el *Orfeo en los infiernos* de Jacques Offenbach (1819-1880), una opereta que da la vuelta al mito, pues en ella Orfeo y Eurídice se odian de tal modo que si él accede a ir al infierno cuando ella muere, es solo por la presión que ejerce la opinión pública.

Pero Orfeo no solo es protagonista de óperas, sino que ha inspirado también poemas sinfónicos como el *Orfeo* del húngaro Franz

Liszt (1811-1886), *ballets* como el *Orfeo* del ruso Ígor Stravinski (1882-1971) o cantatas como *Muerte de Orfeo* del francés Hector Berlioz (1803-1869). Su efigie, además, decoró numerosas ediciones de tratados musicales durante el Barroco, como *El maestro* de Luis de Milán (h. 1500-1561), en el que se lo ve con una vihuela de mano.

En lo que se refiere al cine, Orfeo se ha acercado al mito más a través de su interpretación que de su representación. Especial valor tiene la obra del poeta, dramaturgo y director de cine francés Jean Cocteau (1889-1963), autor de una trilogía sobre el personaje: *La sangre de un poeta*, *Orfeo* y *El testamento de Orfeo*. Por la originalidad de la historia, servida por unas imágenes que acentúan su carácter onírico, la más interesante es la segunda, *Orfeo*; en ella su protagonista es un Orfeo enamorado de la muerte, que la corresponde hasta el punto de inmiscuirse en los asuntos de los mortales. Más cercana al mito, aunque original también en su planteamiento, es la aproximación que el director francés Marcel Camus (1912-1982) hizo en *Orfeo negro*. Motivos clásicos como el poder de la música, la muerte de Eurídice, el descenso a los infiernos y el fin del propio cantor tienen como escenario la ciudad brasileña de Río de Janeiro en plena celebración de su carnaval. Lo festivo y lo trágico se dan así la mano de una manera natural gracias a la plasticidad de las imágenes y a la hipnótica fuerza de los ritmos afrobrasileños. *Orfeo negro* ganó en 1960 el Óscar a la mejor película de habla no inglesa.

Índice

1 · Nace un prodigio 9
2 · La naturaleza encantada 29
3 · Herida de amor 51
4 · En busca del amor perdido 67
5 · Despertar a otra vida 85

La pervivencia del mito 105